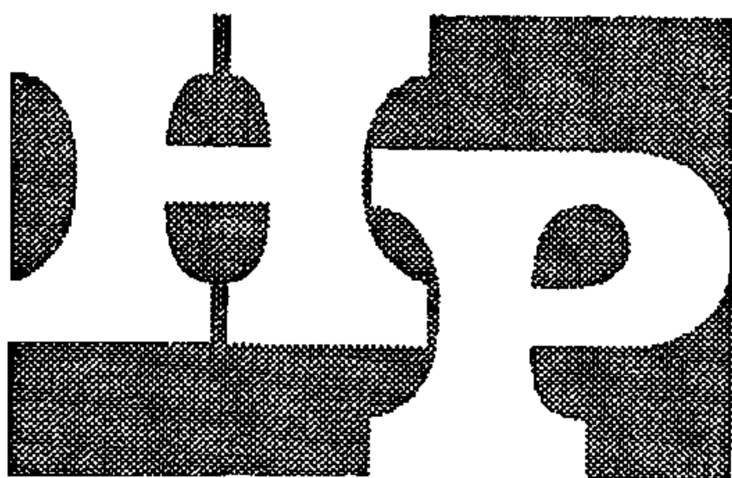


Silver Kane

UN DIABLO LLAMADO MILTON





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

UN DIABLO LLAMADO MILTON

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 167
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B 1343-1973

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición, marzo, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

—¡Mírale! ¡Por ahí va!

—¿Qué te parece ese tipo?

—Pues ni más ni menos que un papagayo.

—Y le llaman el enemigo del diablo.

—¡Pues si todos los enemigos que el diablo tiene son como él, puede estar tranquilo!

Las carcajadas acogían estos comentarios al paso de aquel hombre por la calle principal de Denver, lo mismo en los saloons que en las barberías y hasta en las empresas de pompas fúnebres dé la ciudad.

Otros eran más elegantes en los comentarios:

—¿Habéis visto a Milton? Se ha vestido de negro de los pies a la cabeza.

—Sí. Escribió una carta al gobernador pidiendo que prohibiera la venta de alcohol en todo el territorio, y como el gobernador le contestó que no podía hacerlo, ha decidido vestir de luto.

—Pero a ese tipo no hay quien lo entienda. No bebe, no fuma, no entra nunca en un saloon si no es para predicar a los borrachos, y no ha dirigido jamás una mirada a una mujer.

—No sé para qué ha venido al Oeste. Cualquier día se aburrirán de él y le clavarán una bala entre las cejas.

Todas estas frases, lo mismo las burlonas que las compasivas, iban destinadas a comentar la vida y actividades de un solo hombre: Milton.

Milton era el fundador de la Liga Moral y Antialcohólica, que abarcaba todo el territorio de Colorado.

Tendría unos veinte años.

Hijo de unos buscadores de oro que habían recorrido sin éxito

todo el curso del Yukón, vivió con ellos en Montana y el Canadá antes de venir a Colorado. Se decía que los padres de Milton murieron en el curso de una borrachera, y aunque no se sabía si eso era cierto, el odio que Milton profesaba al alcohol parecía probarlo.

Era abogado, habiéndose pagado los estudios a base de privaciones y de hambre. Tenía un despacho abierto en la calle principal, justamente encima de la funeraria más importante de Denver, y las personas más honradas de la ciudad eran sus clientes. Pocos, asuntos criminales llevaba, y desde luego jamás defendía a un borracho.

Vestía siempre ropas oscuras, y últimamente se había vestido completamente de negro.

Jamás usaba revólver.

No se le conocían devaneos, amoríos ni vicios de clase alguna, y por todas esas razones era llamado el enemigo del diablo.

No se crea por eso que era un alfeñique, pues resultaba un buen tipo y hasta su musculatura podía ser temible en determinados momentos. Los años de su infancia en el Yukón le habían dado una dureza a toda prueba. Pero lo que ocurría era que su cara bondadosa —cara de predicador—, no daba miedo a nadie.

Precisamente el día en que acababa de estrenar sus ropas de luto, despertando a su paso tantos comentarios, se dirigía al edificio que tenía en la ciudad la Liga Moral y Antialcohólica, la cual iba a celebrar su junta general de todos los meses.

En la puerta le recibió Loman, el conserje, un tipo que aseguraba no haber probado jamás una gota de alcohol.

—Buenos días, señor Milton.

—Buenos días, Loman.

—Todos los socios se han reunido ya, señor. La sala presenta un brillantísimo aspecto.

—Gracias.

Milton entró en la sala de reuniones, que era un antiguo saloon transformado completamente. Había allí una tribuna, varios bancos de madera para que se sentaran los asistentes, y por todas partes retratos de ilustres sabios y de gentes virtuosas a las que nadie conocía en Denver, pero que según aseguraba Milton no habían probado jamás una gota de alcohol.

Casi todos los socios de la Liga Moral y Antialcohólica eran

mujeres. Muy pocos hombres en Colorado, tierra de borrachos y pistoleros, hubieran soportado la vergüenza de pertenecer a una asociación así.

Todos se pusieron en pie y saludaron a Milton con una frenética salva de aplausos.

En los ojos de algunas de aquellas damas había lágrimas.

El gesto de Milton de vestirse de luto al no recibir del gobernador la ayuda que esperaba, las había conmovido hasta lo más profundo.

Milton subió a la tribuna.

Inclinó la cabeza respetuosamente ante su auditorio y luego rogó a todos los presentes que volvieran a tomar asiento.

—Los motivos que me han impulsado a convocar con cierta anticipación esta junta extraordinaria son graves —dijo con firme acento y mesurada voz—. Como todos ustedes saben, y en vista de que nuestras campañas y buenos consejos no han servido de nada, rogué al gobernador por medio de una carta que prohibiera la venta de bebidas alcohólicas en todo este territorio. Desgraciadamente, no me ha hecho caso, y la situación sigue siendo la misma.

Hubo murmullos de protesta en la sala. Una de las asistentes estuvo a punto de gritar: «¡Muera el gobernador!», pero se acordó de que aquello era un círculo de moral y se tragó sus palabras.

La señora Robinson, una robusta anciana que iba siempre armada de un paraguas, y que era la vicepresidente, de la Liga, se puso en pie.

—¿Qué piensa usted hacer, señor Milton?

—Ver al gobernador.

—Pero el nuevo gobernador no ha llegado aún a Denver. Se encuentra en Colorado Spring, tratando de solucionar una importante crisis ganadera.

—Lo sé.

—¿Y va usted a ir a Colorado Spring?

—Eso es lo que pienso hacer.

La señora Robinson movió su paraguas.

—Señor Milton —dijo—, todas las aquí presentes le confiaríamos a nuestras candorosas hijas porque sabemos que es usted un caballero y…

—¡Cállese! —gritó una voz desde una ventana—. ¿De qué hijas

habla, si es usted soltera?

Era frecuente que algunos mirones se apostasen cerca de las ventanas para hacer burla, pero ninguno de los reunidos les hacía caso.

—Es usted un caballero —continuó impertérrita la señora Robinson—, y por eso mismo no podemos consentir que vaya sin escolta a Colorado Springs, ciudad que según se dice es aún mucho peor que Denver.

—No necesito escolta —repuso Milton—. Me las arreglaré yo solo.

—Pero reconocerá que es peligroso. Aquí todo el mundo le conoce y más o menos la respeta, pero allí… Allí son capaces de arrancarle la piel, señor presidente. ¡No vaya! Al fin y al cabo, no corre tanta prisa ver a ese gobernador.

—Es que hay otros motivos más importantes —arguyó Milton.

—¿Cuáles?

—Precisamente quería hablarles de ello, y ése es otro de los motivos de la reunión. En Colorado Springs, un caballero que simpatizaba con nuestra obra acaba de fallecer dejando en su testamento un legado para nosotros. Ayer por la noche recibí la carta del notario, en que me lo comunica. Nos ha dejado un extenso rancho para que lo convirtamos en refugio de borrachos que deseen redimirse, es decir, un lugar donde se acostumbrará a los bebedores a ir prescindiendo poco a poco del alcohol. Esta noticia me ha llenado de gozo, puesto que nosotros, por nuestros únicos medios, no hubiéramos alcanzado jamás de poseer una cosa así. Por ello tengo también el máximo interés en ir a Colorado Springs, a fin de ver al notario y que me amplíe detalles. Ya he pensado en cómo organizaremos la nueva residencia. Habrá tres pabellones, destinado cada uno a distintos grados de enfermos. Y la directora general será la señora Robinson.

La aludida se esponjó de satisfacción y volvió a ponerse en pie para que todos la vieran, haciendo inclinaciones de cabeza para corresponder a los aplausos que le llegaban de todas partes.

—¡Oh, señor Milton, no sé si merezco tanto honor…! —dijo, perfectamente convencida de que sí que lo merecía.

—Éstos son los importantes motivos de que vaya a Colorado Springs —continuó el joven poniéndose en pie—. Como

comprenderán, no puedo demorar de ningún modo el viaje.

—¿Cuándo sale? —preguntó una de las asistentes.

—Mañana por la mañana.

—¿En la diligencia?

—Sí, señora, en la diligencia.

—¡Le bordaremos un estandarte! —gritó la mujer, una vieja de nariz ganchuda sobre la que cabalgaban unos lentes de oro—. ¡Le bordaremos un estandarte donde dirá: «Aquí viaja Milton el enemigo del diablo…»!

—Y al verlo, todos los pistoleros huirán —agregó otro de los socios.

—Y las mujeres también —remachó la señora Robinson.

La mujer del vestido de lentejuelas —un vestido abierto por cuatro o cinco sitios comprometedores—, intentó sentarse sobre sus rodillas, pero él la despidió con un chasquido de sus dedos.

—Lárgate.

—¡Oh, Milton qué arisco estás esta noche!

—Estoy como me da la gana.

—¡Ni que te hubiese picado un escorpión…!

—Los escorpiones me los trago, yo disueltos en ginebra.

—Sí, ya sé que tú eres capaz de beberte un barril sólo por pasar el rato. Tienes fama de ser el bebedor más bestia que hay en toda la ciudad.

El hombre rió.

—No es sólo el alcohol lo que me interesa, nena.

—Sí, ya sé. Te interesan también las mujeres.

—Algunas, no todas.

—Por ejemplo, yo no te intereso, ¿verdad?

—Si tienes un poco de paciencia, me cansaré de Anita y entonces volverás a interesarme tú.

La mujer movió agresivamente sus caderas y dio un puntapié a la banqueta más próxima, sin importarle que se rompiera su ceñida falda.

—¡Eres un sinvergüenza, Milton!

—¿Y quién dice que no?

—¡También eres un cínico!

—Me ofendería si alguien dijese lo contrario.

—¡Y un borracho!

Milton levantó la botella de *whisky* que tenía sobre la mesa y brindó con ella.

—A tu salud.

Luego se atizó un trago que hubiera bastado para derribar a un conductor de manadas de los que llevaban carneros a través de las Montañas Rocosas.

Dejó caer sus poderosas espaldas sobre el respaldo de la silla, echó la cabeza atrás y cerró los ojos, bostezando ruidosamente.

Cuando los abrió de nuevo, la mujer ya se había ido.

Mejor, porque así los dos saldrían ganando. Él no la necesitaba para nada, y ella sacaría más provecho entreteniendo a otros clientes de los que abarrotaban el saloon.

Se desperezó y miró a través de la cercana ventana. Se veían brillar en la noche las luces de la calle principal de Colorado Springs, una calle relativamente tranquila que contrastaba con el bullicio apabullante del saloon, donde los hombres cantaban y lanzaban alaridos al ver a las bailarinas, envueltos en impermeables, vapores de tabaco y en nubes de alcohol.

Pero el saloon era en realidad más tranquilo que la calle, donde la calma era ficticia.

Se oyeron de pronto dos disparos detrás de la ventana y un hombre cayó muerto casi junto a la entrada del local.

Otro asesinato. Uno de tantos.

La ciudad era así.

Milton bostezó e hizo una seña a la camarera para que le trajese una botella de *brandy*.

Así podría mezclarlo con el *whisky*, lo que añadiéndole unos gramos de tabaco picado formaba una combinación la mar de aristocrática, apta sólo para los bisontes y para los tipos como Milton.

Cuando la camarera se acercó con la botella, él le dio un pellizco.

—La propina son dos —dijo la camarera, sonriendo.

—Pero es que hoy estoy mal de fondos, nena. Dejaremos el otro para mañana.

La camarera se alejó contoneándose mientras susurraba:

—¡Tacaño!

Milton hizo la mezcla, bebió medio vaso y como la encontrara

floja le añadió un poco de pólvora sacada del cartucho de una bala.

Entonces le pareció bien.

Paladeó con placer, igual que si estuviese bebiendo el licor más delicado del mundo.

—¡Esto es vida! —Bostezó.

Y volvió a echarse para atrás en la silla.

El tipo que ahora estaba haciendo todas estas cosas en el saloon más turbulento de Colorado Springs tenía un apodo por el cual era conocido en todas partes: El amigo del diablo.

Ello era debido a que probablemente no había vicio del que no fuese partidario. Fumaba como una chimenea, bebía como un tonel, jugaba desde las nueve de la noche hasta las siete de la madrugada y contaba sus novias con los dedos de las manos y los de los pies, porque sólo con los de las manos no tenía bastante.

Había llegado a Colorado Springs un mes antes y ya era famoso.

Desde luego, tenía muy pocos puntos de semejanza con el otro hombre llamado Milton que vivía en Denver y a quien llamaban: El enemigo del diablo.

Moralmente, no se parecían en nada.

Pero físicamente tenían algunos puntos de contacto.

Éste también era joven, como el de Denver. Igual que él, debía contar unos veintiséis años. Era moreno con los ojos verdes. Tenía una musculatura de mil demonios y también pronunciaba las palabras con un cierto deje del Canadá y del Yukón.

Pero en la forma de ir vestidos era donde realmente se diferenciaban.

Así como el de Denver, el enemigo del diablo, vestía igual que un empleado de pompas fúnebres, este otro, el amigo del diablo, de Colorado Springs, llevaba unos pantalones tejanos que olían a caballo, usaba espuelas mexicanas y una camisa a cuadros en cuyos flancos había más de un agujero de bala.

Naturalmente, el de Colorado Springs usaba revólveres, unos «Colt» del 45 con cachas de marfil, que habían dado ya muerte a más de doce hombres desde que su dueño puso los pies en el territorio.

Así eran los dos tipos.

Y aquella noche iba a querer el destino que Milton, el de Denver, fuese a Colorado Springs.

Un borracho que siempre se encargaba de traer las noticias entró en el saloon y gritó:

—¡Eh, muchachos, llega la diligencia de Denver!

Buena parte de los que estaban en el local corrieron hacia la salida para ver la llegada de la diligencia. No porque eso les llamase la atención, sino porque una de aquellas noches tenía que llegar un grupo de bailarinas francesas y todos querían ser los primeros en verles las pantorrillas cuando bajasen de la diligencia.

A esta pequeña desbandada contribuyó el que el escenario del saloon estuviera desierto en aquellos momentos.

Milton mismo, que tenía ganas de estirar las piernas, salió también al exterior.

El porche estaba casi lleno, pero él consiguió ocupar el mejor sitio, abriéndose paso a codazos.

—¡Eh, tú, apártate!

—¡Déjame sitio o te rompo la crisma!

Gracias a este lenguaje y a los suaves empujones que daba —empujones que hicieron rodar a dos tipos porche abajo—, consiguió situarse en primera fila y con unas columnas a sus espaldas para poder apoyarse. Una vez instalado se dedicó a masticar tabaco y a escupirlo luego sobre las plumas del sombrero de una señora que tenía delante, en la calle.

La diligencia se detuvo con un ruido traqueteante de ballestas y muelles.

Cuando la portezuela se abrió, todos los espectadores contuvieron un «Oh» al ver el revuelo de unas faldas, creyendo que llegaban las bailarinas. Pero las faldas pertenecían a una mujer de mediana edad que antes de descender se caló unas antiparras para ver mejor a todo el mundo.

El desencanto hizo presa en los espectadores, y éstos se pusieron de mal humor.

Resultó que aquella noche todos los viajeros de la diligencia eran hombres y viejas.

Para postres, el último en descender fue un tipo alto y solemne, vestido de negro, que llevaba bajo el brazo un paraguas y un libro.

Los espectadores, entre los que había una mayoría de pistoleros, lanzaron una carcajada al verle.

—¿Pero a qué vienes aquí, espantapájaros? —preguntó uno en

voz alta—. ¿A que, te entierren?

—¿De qué ataúd te has escapado? —gritó otro.

—¡Nosotros queremos bailarinas, y no monigotes!

Milton, el predicador, miró alrededor suyo y todos los rostros le parecieron innobles menos uno: el de Milton, el pistolero.

Se acercó a él e hizo una reverencia mientras se despojaba respetuosamente de su sombrero negro.

—Señor… —se presentó.

Milton, el pistolero, lanzó al aire unas cuantas onzas de tabaco mascado y luego miró al recién venido.

—¿Qué se le antoja?

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Me llamo Milton.

—¡Qué casualidad! Yo también.

El pistolero se rascó la nariz ostensiblemente.

—¡Vaya! Pues lo siento.

El frío recibimiento no desanimó al recién venido, que estaba animado de la mejor voluntad y deseaba hacerse simpático en Colorado Springs.

—¿Podría usted indicarme, si no le molesta cuál es el mejor hotel de la ciudad? —preguntó.

—El *Ring*.

—¿Es un hotel decente?

—Claro que lo es. Hay allí cada camarera que quita el hipo.

—Bueno, yo quería decir… En fin, si es un lugar donde no se admite a los borrachos y donde no hay peleas y todo eso.

—¿Peleas? ¡Oh, no! Al que allí se pasa de la raya lo echan por la ventana. Puede estar tranquilo.

—Muy bien. Pues entonces iré al King. Muchas gracias por su información, caballero.

—De nada, hombre, de nada.

Milton el pistolero amasó entre sus dientes otra bola de tabaco, y cuando Milton el predicador se alejaba, le gritó:

—¡Eh, oiga! Olvidaba decirle que pasarse de la raya en el hotel King significa no gastarse por lo menos treinta dólares en la barra de bebidas. De modo que vaya preparándose el estómago, amigo.

Al recién venido se le heló la sonrisa en los labios e hizo un rápido saludo con el sombrero antes de ponérselo. Pero Milton el

pistolero llegó antes e hizo caer en el interior de la copa la bola de tabaco que había estado amasando. El otro se puso el sombrero sin darse cuenta y enseguida se quedó lívido. Pero siguió su camino, impertérrito, sin hacer caso de las risotadas de todos los espectadores.

Llegó al hotel King.

Éste era un buen establecimiento y tenía todo el aspecto de un lugar discreto y distinguido, apto para que en él se alojase el presidente de la Liga Moral y Antialcohólica. Las camareras quitaban el hipo, ésa era la verdad, pero Milton apenas se fijó en ellas. Se acercó a la mesa del encargado de recepción y preguntó:

—¿Tienen una habitación para un caballero?

—¿El caballero es usted?

—No. Yo soy su caballo. A él lo he dejado amarrado a la barra.

El de recepción se echó a reír.

—¡Es usted un tío con toda la barba, vaya! Claro que tenemos habitaciones. Y entre nosotros: aquí encontrará usted el mejor *whisky* y las mejores chicas de todo Colorado Springs.

—Ni el *whisky* ni las chicas me interesan, señor.

—Peor para usted. ¡Diablos, qué tío! Le destinaré una habitación en la parte trasera, la que da al callejón. Allí apenas entra la luz y tiene las paredes empapeladas de color violeta. Supongo que le gustará.

—Me parece excelente.

—Pues venga; le acompañaré.

Cinco minutos después, Milton el predicador estaba instalado en una habitación que más bien parecía la antesala de una tumba, pero que tenía un aspecto decente y serio, es decir, muy de su gusto. Abrió su maletín, desempaquetó sus cosas y miró la única ventana, la que daba al callejón.

Fue entonces cuando bajo sus ojos, entre las sombras que llenaban ese callejón, vio correr a una mujer.

Una mujer perseguida por cuatro hombres.

CAPÍTULO II

Milton tuvo un sobresalto y su primer impulso fue ayudar a aquella mujer, pero de pronto recordó que no llevaba armas.

Con el semblante lívido vio que ella tropezaba, cayendo al suelo. Se dio cuenta entonces también de que no eran cuatro hombres los que la perseguían, sino tres. El que estaba más cerca de ella, casi a punto de alcanzarla, era en realidad un compañero suyo, y los otros tres le perseguían también a él. Al ver caer a la muchacha se detuvo e intentó ayudarla a levantarse. Esto bastó para que los otros tres tipos les dieran alcance, deteniéndose tranquilamente a un par de yardas de ellos.

La mujer —por su voz apenas debía ser una muchacha—, gimió:

—¡¡No os atreveréis!! ¡Canallas!

—¿Por qué no? —rió uno de los tres perseguidores.

—Nosotros sólo queríamos vivir en paz. No os hemos hecho ningún daño. ¡Dejadnos!

El hombre que la ayudaba a levantarse, y que por su voz debía ser un viejo, susurró:

—Además estamos en una ciudad civilizada, una ciudad donde hay *sheriff*. No os atreveréis a asesinarnos como si fuéramos unos perros.

Hubo una carcajada unánime de los tres perseguidores.

—¿Un *sheriff*? —preguntó el que parecía ser el jefe—. ¿Y de qué sirve un *sheriff* ahora? Nadie nos ve. Hemos conseguido acorralaros en este callejón donde no podréis recibir ayuda. Cuando encuentren mañana vuestros cadáveres nadie sabrá nada. Compadezco al *sheriff* que tenga que encargarse de esta papeleta.

La muchacha gritó:

—¡No se atre…!

Su frase quedó cortada. Los tres perseguidores habían desenfundado sus «Colt». Milton, desde su ventana, sintió que se le contraían los músculos de la garganta.

Fue una descarga cerrada.

No dieron a los dos perseguidos, tiempo para defenderse, ni siquiera tiempo para rezar.

Los dos cayeron medio abrazados bajo el plomo implacable de sus tres enemigos.

Éstos no guardaron sus revólveres aún.

—¿Los rematamos, jefe? —preguntó uno de ellos.

—Bien.

Pero en aquel momento algo les hizo cambiar de opinión. Se oyó muy cerca del callejón ruido de cascos de caballos.

Los tres pistoleros se dirigieron hacia la salida, guareciéndose entre las sombras.

—Están bien muertos —dijo el que parecía ser el jefe—. No podemos arriesgamos a que nos encuentren aquí. ¡Vamos! El trabajo ha terminado y hay que evaporarse.

Desaparecieron como por encanto mientras terminaba de oírse junto al callejón el ruido de caballos.

Milton, muy pálido, se preguntó si aquellos disparos habrían llamado la atención de alguien, además de él mismo. Y durante unos segundos esperó a que hubiese en el callejón cualquier clase de movimiento. Pero pronto hubo de convencerse de que, en Colorado Springs, igual que en Denver, los disparos eran lo normal y ya no llamaban la atención de nadie. Sólo él era testigo de lo ocurrido, y si algo se podía hacer por aquellos dos seres era él quien tenía que hacerlo.

Milton, el predicador, podía ser un tipo aburrido y pelmazo, pero no era miedoso.

Sin pensar en que los tres asesinos podían volver, se descolgó por su ventana, que era de planta baja, y corrió por el callejón las doce o catorce yardas que le separaban de los caídos.

Éstos estaban Cubiertos de sangre y los dos parecían haber muerto.

Un examen más atento, sin embargo, lo hizo ver que el viejo había recibido el plomo en el pecho, dejando de existir casi instantáneamente. En cambio, la muchacha tenía las heridas en una

cadera y la pierna correspondiente, y de sus labios aún escapaba un casi imperceptible suspiro de dolor.

Estaba viva.

Milton se acercó a ella, le levantó la cabeza y pudo darse cuenta de que era joven —endiabladamente joven y bonita—, endiabladamente bonita. Quizá la más joven y bonita que había visto en su vida. Pero ahora no podía perder tiempo fijándose en esas cosas.

—¿Puede oírme? —susurró.

Ella entreabrió los ojos.

—¡Ca… na… llas! —acertó a repetir.

—Yo no soy uno de los que la perseguían —jadeó Milton—. Al contrario, quiero ayudarla. Apóyese en mi brazo y trataré de levantarla.

Ella abrió del todo los ojos y le miró como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—Váyase… Si esos asesinos vuelven le matarán.

—No es eso lo que me preocupa. Se está usted desangrando y morirá si no recibe ayuda. Apóyese en mí y haga un esfuerzo. Sólo tiene que llegar hasta aquella ventana iluminada.

—¿Y… tío George?

—Si tío George es el hombre que la acompañaba, me temo que ya nada se puede hacer por él, muchacha.

Ella cerró los ojos un momento y curvó los labios en una mueca. Eso fue todo. A Milton le dio la sensación de que había sufrido tanto que no le quedaban fuerzas ni para llorar.

—Intentaré llegar hasta allí —dijo ella, apoyándose trabajosamente en su brazo.

Era la primera vez que una mujer se apoyaba en Milton, aunque fuese una mujer herida. La única que hasta entonces se le había colgado del brazo para cruzar la calle era la señora Robinson, y ya se sabía que cualquier semejanza entre la señora Robinson y una mujer era simple coincidencia.

Por eso sintió algo que no había sentido nunca y que le turbó profundamente, pero se dominó en breves segundos.

Llegaron a la ventana.

—¿Puede usted pasar las piernas sobre el alféizar? —preguntó Milton.

—Lo intentaré.

La muchacha se subió el vestido para hacer lo que se le pedía. Era una chica herida, sí, pero de todos modos a Milton, que iba a tragar saliva, se le quedó la garganta helada. Y tuvo que mirar hacia otro sitio para no dejar caer a la muchacha al suelo.

Una vez en la habitación, la sostuvo en sus brazos y la transportó hasta el lecho, depositándola allí.

La muchacha estaba rendida. Había hecho un esfuerzo considerable y perdía mucha sangre. Era absolutamente necesario lavarle la herida y taponársela mientras llegaba un médico.

Pero el caso era que Milton no se atrevía a tocarla.

—¿Qué es lo que le da vergüenza? —preguntó ella, mostrándole en toda su extensión la pierna herida—. Llevo al menos una bala bajo la piel. ¿Qué le ocurre? ¿Se ha muerto?

No, Milton no se había muerto, pero le faltaba poco.

—Enseguida le haré un vendaje y le cortaré la hemorragia. No se mueva.

A partir de ese momento, Milton se comportó como un ciclón. Preparó agua limpia, unos vendajes, algodones, desinfectantes —de todo eso llevaba en su maletín, preparado por las amorosas manos de la señora Robinson—, y demostró que entendía de curar heridas. La muchacha, con ese especial instinto que tienen las mujeres, se dio cuenta enseguida de que se hallaba ante un hombre que la respetaría profundamente. Y se dio cuenta también de que estaba muy asustado. Procuró animarle.

—No debe turbarse tanto. Al fin y al cabo, soy una mujer herida. Y me parece que es la primera vez que me pongo ropas de auténtica señorita. Cuando trabajaba en los arrozales tenía que ir vestida solo con unos pantaloncitos de muchacho.

—¿En los arrozales? ¿Qué arrozales? No hay ningún sitio de Colorado donde se cultive el arroz.

—Es que yo vengo de Italia.

—¡Diablos!

—Sí. Mis padres murieron y yo tuve que ganarme la vida en los arrozales, trabajando como una jornalera. Pero allí hace calor, los hombres beben y las pasiones se desatan enseguida. Tío George, que vivía en los Estados Unidos, se dio cuenta de los peligros que podía correr una chica de veinte años como yo. Y fue a buscarme para que

viviera con él. Él pensaba… que esta tierra sería más civilizada.

Desvió la mirada. Ahora sí que estaba a punto de llorar. Milton intentó calmarla con una frase que siempre surtía efecto:

—Nadie sabe dónde le está aguardando la muerte, señorita. Hay que resignarse porque ningún ser humano conoce el lugar en que ha de ser señalado por el dedo de Dios…

—Es usted muy bueno, señor…

—Milton. Llámeme Milton.

—Es usted muy bueno, señor Milton. No creí que en esta tierra infestada de pistoleros pudiera encontrar a un hombre como usted.

—¡Qué tontería! Hay otros. Bueno, esto ya está mucho mejor, y podrá aguantar sin peligro la llegada del médico. No ha chillado ni un momento durante la cura. Es usted una heroína.

—Es que tiene usted unas manos muy hábiles, señor Milton.

Milton se atrevió a mirarla a los ojos por primera vez.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Fiorella.

—Bonito nombre. Más bonito que los nombres que las mujeres suelen tener por aquí. ¿Y esos hombres… por qué querían asesinarla?

—Era una venganza. Los tres forman parte de una banda que se dedica a vender armas a los indios. Creo que tío George los denunció. Nos han venido persiguiendo durante los últimos dos días, hasta que han podido… acorralarnos.

Milton se puso en pie, considerando terminada su misión por el momento.

—Ahora métase en cama. Sí, así mismo, vestida como está. No le importe. He de ir en busca del médico y no quiero que haga ninguna imprudencia. Luego me ocuparé del cadáver de tío George.

—Señor Milton, yo nunca podré pagarle…

—Sólo el deber cumplido ya me satisface —dijo él solemnemente—. Por ello me llaman el enemigo del diablo.

Pero si Milton hubiera visto en este momento lo que ocurría en el *hall* del hotel seguro que se hubiera puesto como la cera.

Acababa de entrar la dueña del hotel, descendiendo de un lujoso carruaje. Era una mujer de unos sesenta años, gruesa, vestida con ropas oscuras y muy parecida a la señora Robinson. Se dirigió a la mesa de recepción y miró el libro de huéspedes antes de decir una

sola palabra.

—Veo que ha venido un nuevo cliente —dijo al fin.

—Sí, señora —asintió el encargado de recepción.

—¿Qué tal es?

—¡Hum!

—¿Qué quiere decir eso de hum? Ya sabe que aquí no quiero borrachos ni mujeriegos. Tengo a mis tres sobrinas como camareras y no estoy dispuesta a que corran el menor peligro. ¿Le hizo usted las pruebas de costumbre?

—Sí, señora.

—¿Qué le dijo?

—Le dije —con perdón de la señora—, que aquí podría encontrar el mejor *whisky* y las chicas más despampanantes de todo el territorio.

—Se me está usted volviendo un deslenguado. ¿Qué contestó él? ¿Le brillaron los ojos? Ya sabe que cualquier huésped que después de estas palabras muestre deseo de beber o de hablar con las camareras, debe ser arrojado a la calle enseguida. ¡Éste es un hotel decente!

—Ya lo sé, señora, pero el tipo de quien le estoy hablando ni se inmutó. Le juro que no parpadeó siquiera.

—¡Pues ésos son los clientes que nos convienen, caramba!

—¡Hum!

—Ya es la segunda vez que dice hum. ¿Puede saberse qué es lo que no le gusta de ese caballero?

—Es que me parece un hipócrita.

—¿En qué se funda?

—Verá… Da la sensación de esos tipos que las matan callando. Según él, ni fumaba ni bebía ni miraba a las mujeres. Pero cuando se quitó el sombrero, cayó al suelo una bola de tabaco masticado. ¡Es un tío que va de tabaco de mascar hasta las orejas! No me extrañaría que a estas horas tuviese ya una mujer en su habitación.

—¡No es posible!

—Pues insisto en que este tipo es de los que dan mala espina.

—Ahora mismo vamos a verlo.

—¿Qué es lo que va a ver?

—¡Si tiene alguna mujer en su habitación!…

—Oiga, yo lo he dicho en broma…

—¡En mi hotel no admito bromas con esas cosas! ¡Vamos inmediatamente a la habitación de ese tipo, y si es verdad lo que usted imagina…!

Siguió pasillo adelante e hizo con sus dos puños un gesto que hubiera hecho sonrojar de placer a la señora Robinson.

En aquel momento Fiorella se cubría con el cobertor en el lecho de Milton y trataba de disimular con una sonrisa el dolor que le causaba la herida.

—Yo voy enseguida en busca de un médico —dijo Milton—. No tardó ni cinco minutos.

Dio un cachecito en la mejilla a Fiorella y en ese momento se abrió violentamente la puerta de la habitación.

La dueña del hotel apareció en el umbral, con los brazos en jarras. Detrás suyo, pálido como un muerto, el encargado de recepción.

—¿De modo que era verdad? —rugió la mujer—. ¡Salga inmediatamente de este hotel, sinvergüenza! ¡Salga!

—Pero…

—¡Lárguese, granuja! ¡Y ella también!

Que, a Milton, presidente de la Liga Moral y Antialcohólica, le llamasen granuja era algo que no le había ocurrido jamás en todos los días de su vida. Las aletas de la nariz le vibraron de indignación, mientras enrojecía su rostro.

—Oiga, señora…, ¿sabe usted con quién está hablando?

—Sí, con un sinvergüenza y un hipócrita. Y si lo que quiere es burlarse del prestigio de mi hotel, va listo. ¡Salga inmediatamente de aquí, si no quiere que le haga echar a la calle!

—Esta señorita está herida.

—¡Vaya a otro con ese cuento, so bandido! ¡Y el que va a estar herido será usted si no se larga!

Milton no podía creer en lo que estaba sucediendo.

—¡Ocurrirme esto a mí! —farfulló—. ¡A mí!

—¡Menos dramas y lárguese!

—Concédale cinco minutos —dijo el encargado de recepción tímidamente—. Necesita hacer su maleta.

—¡Muy bien! ¡Cinco minutos y nada más! ¡Empiece a contar, granuja! ¡Si no está fuera para entonces lo haré echar por los empleados de la limpieza!

Y cerró de un portazo.

Milton se quedó parado en el centro de la habitación, sin saber qué hacer, todavía como si estuviese viendo visiones.

—Tendremos que irnos —dijo Fiorella con voz débil—. Yo no sé lo que esa mujer ha llegado a pensar, pero sea lo que sea no me gusta. Cualquier médico me dejará dormir en su casa, y en cuanto a usted…

—A él —dijo una voz desde la ventana—, no va a hacerle falta. Los muertos duermen en cualquier sitio…

Los dos se volvieron al mismo tiempo, mirando hacia el rectángulo negro de la ventana. Y vieron enmarcados en ella, blandiendo revólveres, a los tres pistoleros que pocos minutos antes habían cometido el asesinato.

Fiorella fue a lanzar un grito de horror, pero se contuvo porque no quería demostrar ante ellos el miedo que sentía.

Milton, que no llevaba armas, miró cara a cara a la muerte.

—Quisimos esconder mejor el cadáver del viejo —dijo uno de ellos mientras pasaba su pierna derecha por el alféizar de la ventana —, y nos sorprendió ver que la chica había volado. La explicación estaba en la ventana iluminada. ¿Cómo no nos habíamos dado cuenta antes? Pero ahora ha llegado el momento de solucionar el asunto. No queremos testigos…

Los tres entraron en la habitación.

Llevaban en las manos revólveres «Colt» último modelo.

Y mientras uno de ellos apuntaba a Fiorella, que ni siquiera podía moverse, los otros dos encañonaron a Milton.

Sin una palabra más, sus dedos se cerraron sobre los gatillos.

CAPÍTULO III

Era un asesinato en regla, a sangre fría, sin la menor posibilidad de defensa.

Les matarían sin dar a la cosa ninguna importancia, como quien hace ejercicios de tiro al blanco con un muñeco.

A Milton le rechinaron los dientes.

Él era un hombre a pesar de todo, no un muñeco. ¡Eso no!

Y, muerto por muerto, decidió jugárselo todo a una carta. Justamente cuando sus tres enemigos iban a cerrar los dedos sobre los gatillos, saltó de costado hacia una silla para sujetarla y lanzarla sobre ellos.

Era una maniobra desesperada y hasta un poco infantil, pero consiguió por el momento lo que se proponía.

Los tres pistoleros concentraron su atención en él.

El que iba a asesinar a Fiorella dejó de apuntarla.

Con esto sólo concedía unos segundos más de vida a la muchacha, pero ¡quién sabía lo que en unos segundos podía ocurrir!

Logró caer sobre la silla y sujetarla cuando los tres revólveres giraban hacia él.

Confió locamente en que aún tendría tiempo de hacer algo más antes de que los pistoleros apretasen los gatillos, pero se equivocaba.

Aún había tenido demasiada suerte al conseguir moverse antes de que le mataran.

Las balas aullaron en el aire.

Sólo dos balas alcanzaron a Milton, el honrado Milton enemigo del diablo. La primera le trituró el hombro derecho, la segunda le alcanzó en la cadera, produciéndole una herida muy semejante a la de Fiorella. El tercer pistolero no le alcanzó, arrancándole la bala

cabellos de la cabeza y empotrándose en las tablas del suelo.

Era la primera vez que a Milton le alcanzaban los balazos, y le asombró sentir tan poco dolor. Más bien había sido como dos choques, como dos golpes sin importancia.

Uno de los asesinos rió como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—El dolor se siente unos segundos después, muñeco —susurró—, pero tú no vas a tener tiempo ni para eso.

Con calma, con fría tranquilidad, le estaba apuntando otra vez.

Ahora Milton se desangraba. Ya ni tan siquiera podía moverse.

Fiorella había intentado saltar del lecho para ayudarle, pero sus piernas habían fallado, cayendo a tierra y desmayándose de dolor.

Tres dedos se cerraron sobre tres gatillos.

Y en ese momento sonó una voz:

—Yo no lo haría, muchachos.

Los tres levantaron los ojos, dirigiendo sus miradas hacia la puerta de la habitación, donde acababa de sonar aquella voz. Vieron confusamente que ésta se había abierto y que una sombra se dibujaba en el umbral.

El que estaba más a la derecha desvió el revólver.

La figura de la puerta se movió un poco, sólo unas pulgadas. Parecía como si se desplazase volando y sin tocar el suelo, igual que esas figuras que se ven durante las pesadillas. Un fogonazo brotó de su cadera derecha, y el pistolero que había desviado el revólver cayó a tierra con el corazón atravesado.

Los otros dos se distanciaron inmediatamente de un salto lateral, a fin de ofrecer el menor blanco posible. Hicieron fuego y la figura del umbral cayó a tierra, pero si los dos pistoleros no hubiesen estado tan nerviosos se habrían dado cuenta de que aquella figura había caído antes de que ellos apretasen los gatillos. Dos fogonazos más brotaron de las caderas del aparecido, ahora uno de cada lado. Los pistoleros sintieron lo mismo que había sentido Milton; que les daban un golpe suave. Se doblaron sus rodillas y una sensación amarga les, subió a la boca. Apenas llegaron a darse cuenta de que aquella especie de vértigo que sentían era la misma muerte.

Cuando cayeron a tierra, con el corazón atravesado, la figura tumbada en el umbral de la puerta se puso rápidamente en pie.

Era Milton el amigo del diablo.

Ni siquiera había desenfundado los revólveres para matar a aquellos tres hombres, limitándose a dispararles desde la misma cintura. Dirigió una mirada circular a la habitación y pudo darse cuenta del desastroso cuadro que ésta ofrecía.

En el suelo, junto a la cama, una mujer herida que había perdido el conocimiento. Y en el centro de la habitación, junto a una silla derribada, Milton el antialcohólico, desangrándose por dos heridas a la vez.

Dos empleados del hotel acudieron al galope al oír los disparos.

—Ya no hacen falta —dijo, desde la puerta, el amigo del diablo —. Lo único que necesito es que traigan enseguida un médico y una botella de ginebra.

Los dos empleados volvieron grupas y volaron pasillo abajo.

Milton se acercó primero a la muchacha, que al haber perdido el conocimiento daba la sensación de estar más grave.

Pero enseguida se dio cuenta de que no sangraba y de que su estado ofrecía escaso peligro por el momento.

Cuando la colocaba en el lecho nuevamente, ella abrió los ojos.

—¿Quién… es usted? —susurró.

—Me llamo Milton.

—Milton… es otro hombre.

—Es que nos llamamos igual, a lo que parece. Pero en lo demás somos bien distintos, cariño.

Le dio un breve beso en los labios y la dejó caer sobre el cobertor.

Fiorella estaba atónita.

Apenas le había rozado, pero… ¡diablos, qué manera de besar!

Luego Milton se dirigió hacia el otro herido.

—Está usted perdiendo más sangre que una ternera herida —le dijo por todo saludo—. Veamos dónde le han atizado.

Se inclinó sobre él y comprobó sumariamente las heridas. Ninguna de ellas era mortal a condición de que un médico las cuidara pronto. Levantó al enemigo del diablo y lo depositó sobre una butaca.

—Gracias —dijo el herido—. Creo que de no ser por usted yo estaría ahora más muerto que esos tres hombres.

—No tiene importancia.

—¿Por qué ha venido?

—Sólo para saber si estaba usted bien alojado. Cuando llegaba a la puerta he escuchado las detonaciones.

—Con lo del alojamiento quiso gastarme una broma, ¿eh?

—Al contrario. Usted me preguntó por un buen hotel y yo le recomendé éste. El que gasta bromas es el encargado de recepción, quien por orden de la dueña prueba a los clientes antes de admitirlos.

—Gracias otra vez. Creo que he tenido mucha suerte al encontrarle a usted en Colorado Springs.

—¿Es cierto que van a expulsarle del hotel?

—Sí.

—¿Por esa mujer?

—Sí, por esa mujer.

El amigo del diablo la miró. Fiorella se removía inquieta sobre la cama, dominada por ráfagas de dolor.

—¿Quién es?

—No lo sé. Sólo que se llama Fiorella y que nació en Italia. ¡Ah, sí! Y que no tenía en el mundo más que a tío George, un viejo a quien esos tres pistoleros han asesinado hace poco para vengarse de él. Precisamente al intentar ayudarla es cuando la he conocido.

—¿Así no hay… nada… eh… nada?

Y Milton, el pistolero, hizo un expresivo gesto con las dos manos.

Al otro Milton, a pesar de la sangre que estaba perdiendo, se le colorearon las mejillas.

—Oiga…, ¿qué se ha creído usted? ¡A mí me llaman el enemigo del diablo!

—¡Qué casualidad! A mí me llaman todo lo contrario.

—¿Qué es lo que le llaman?

—El amigo del diablo.

El herido lanzó un respingo.

—Señor mío —dijo—, yo tengo muchas cosas que agradecerle, pero creo que usted y yo no nos entenderemos nunca. De modo que lo mejor será que prescindamos cada uno de la compañía del otro. Mucho gusto.

Fue a tenderle la mano como si aquello fuera una despedida. El pistolero no sabía si estrechársela o no, incapaz de comprender aquella actitud, cuando en ese momento llegó el médico.

El médico titular de Colorado Springs era también borracho titular de la ciudad. Cada día solía beberse dos o tres botellas con Milton, el pistolero, y era un gran amigo de éste. Solo al verle ya le abrazó calurosamente, hipando de alcohol.

—¿Qué te ocurre, amigo? ¿Te duele la cabeza? Yo te cuidaré. Primero eres tú que nadie.

—No, hombre, no me duele la cabeza. A los que tiene que atender es a ésos. Uno se está desangrando y una chica que se desmaya de dolor. El más urgente es él.

El médico miró a Fiorella, cuyos dedos se aferraban convulsivamente al cobertor, y tuvo que sacarse del bolsillo izquierdo de su levita una botella de ginebra.

—Necesito un trago —dijo.

Y se bebió la cuarta parte del contenido de la botella. Luego dedicó su atención al enemigo del diablo, que le miraba con disgusto.

—Veamos… He bebido la cantidad de alcohol que necesito para poder curar bien a un paciente. Tendremos que extraer las balas y eso dolerá un poco. Beba.

Milton rechazó la botella con un gesto de asco.

—¡Buf!

—Es la primera vez que un cliente no me acepta un trago. ¡Qué tío! ¿Cómo se llama usted?

—John Milton.

—Pues mi amigo se llama Richard Milton. Claro que fuera de eso no se parecen en nada, por lo que veo. Póngase un pañuelo en la boca y trate de no gritar. Tendré que hacerle daño.

—No importa.

El médico puso unas tenacillas sobre la llama de un infiernillo plegable de alcohol y luego extrajo las dos balas a John Milton. La intervención fue rápida y muy dolorosa, pero el paciente no chilló. Sólo estuvo a punto de tragarse el pañuelo.

Richard Milton le contemplaba con admiración.

—Tiene usted aguante. No es un mequetrefe como creía.

—¿Es que todos los que no se emborrachan son unos mequetrefes?

—Perdone, no he querido decir eso.

El médico había contenido ya la hemorragia y hacía un primer

vendaje de las heridas. Cuando John Milton estuvo listo, prestó atención a la muchacha, que recobraba a intervalos el conocimiento y a intervalos volvía a perderlo.

Se limitó a aplicarle un calmante.

Entretanto los empleados del hotel se habían llevado ya a los tres muertos. La dueña, a la vista de tanta sangre y olor a pólvora, no sé atrevía ni a chistar.

Luego el médico se volvió a Richard Milton, el amigo del diablo, que liaba parsimoniosamente un cigarrillo después de sacar su bolsa de tabaco.

—Estos dos no pueden quedarse aquí. Pasarán muy mala noche y necesitaré vigilarlos continuamente. En mi casa tengo medicinas, una enfermera y todo lo necesario. Aquí podría ocurrirles cualquier cosa.

—Te ayudaré a trasladarlos —ofreció Richard Milton—. ¿Necesitarás también que te ayude a cuidarlos?

—No hará falta.

—De todos modos, me hospedaré por esta noche en este hotel. Está a unos pasos de tu casa. Si necesitas cualquier clase de ayuda puedo estar a tu lado en tres minutos.

—No creo que sea necesario, pero te lo agradezco.

Los heridos fueron cuidadosamente trasladados a la casa del médico, donde se les instaló en dos habitaciones separadas. Ambos parecían ahora más calmados.

John Milton preguntó:

—Doctor, ¿va a ser muy largo esto?

—Imposible decirlo hasta ver cómo reacciona usted. Tienen que pasar al menos veinticuatro horas. Luego, si todo va bien… calcule unos tres meses.

El enemigo del diablo por poco da un brinco.

—¿Qué dice? ¡Tres meses! ¿Pero no se da cuenta de que necesito volver a Denver? La Liga Moral y Antialcohólica se irá al infierno, digo se disolverá si yo no estoy allí.

—Eso no es cuenta mía.

—También tengo un importante asunto que resolver en Colorado Springs.

—¿Qué asunto?

—El gobernador se encuentra accidentalmente aquí, resolviendo

unos asuntos con los ganaderos. Yo le escribí pidiéndole que prohibiera la venta de alcohol, pero no me hizo caso. En vista de ello le he escrito otra vez anunciándole que iría a visitarle.

—¿Es ése el objeto de su viaje a Colorado Springs?

—Sí. Además, tengo que ver a un notario llamado Hoover para tratar con él de un asunto legal.

—Conozco a Hoover —dijo el médico—. Precisamente la semana pasada nos emborrachamos juntos y luego hicimos tiro al blanco con las botellas. Se lo traeré aquí cualquier día y él le resolverá todo lo necesario. Lo que lamento es no poder hacer lo mismo con el gobernador. Es un tipo que tiene bastante mal genio.

—¿Está en la misma ciudad?

—¡Oh, no! Aquí sólo paró un día, afortunadamente. Luego ha estado visitando los ranchos importantes y toda la zona ganadera. Tiene que resolver asuntos muy difíciles y no para dos días en el mismo sitio.

—Sólo falta que alguien vaya a importunarle con lo de la venta de licores —dijo Richard Milton.

—¡Pues yo estoy decidido a hablarle! —gritó el enemigo del diablo—. ¡Tardaré lo que sea, pero le hablaré!

—Aguarde al menos una semana —replicó el médico—. Y no se excite. Se ha librado de la muerte por el espesor de un caballo. Lo único que ahora debe preocuparle es salir de esto con vida.

John Milton se calló.

Y preguntó al cabo de unos instantes:

—¿Se salvará ella?

—Confío en su juventud. Pero también deberá estar atendida por lo menos durante tres meses, como usted.

Luego ambos hombres, es decir el médico y Richard Milton, el amigo del diablo, salieron de la habitación.

—Buen tipo nos ha caído en Colorado Springs —dijo el matasanos.

—No creo que sea mala persona. Pero quiere cambiar el Oeste, y eso no se consigue tan fácilmente.

—¿Y la chica?

Milton se mordió los labios.

—¡Perra suerte la mía! Una vez que encuentro a una mujer que me gusta de verdad, resulta que ya es medio novia de otro.

—¡Si esos dos acaban de conocerse!

—Sí, pero él ya está chiflado, y a mí no me gusta pisarle el terreno a nadie. Sólo me queda un recurso.

—¿Cuál?

Richard Milton lanzó una alegre carcajada.

—¡Emborracharme!

Pasó un brazo sobre los hombros del médico y los dos se dirigieron directamente al hotel donde Milton iba a pasar la noche. En el pasillo, como por casualidad, se encontraron con las tres camareras, las sobrinas de la dueña, que hacían carantoñas y ponían los ojos en blanco.

—Hola, señor Milton —dijo la más atrevida.

—Ho… ho… hola… —tartamudearon las otras dos.

Las tres le miraban con los labios entreabiertos. Milton pensó que, si besaba a una sola, las otras dos se le echarían encima como tigres. Y si besaba a las tres se marearía. No podría con tanto.

—Oíd, chicas: ¿tenéis *whisky*? —preguntó.

—Sí, pero que no se entere nuestra tía…

—¡Oh, claro que no!

Y aquella noche Milton y el médico titular de Colorado Springs se emborracharon.

El médico, al cabo de una hora, se marchó para vigilar a sus pacientes.

Milton Siguió bebiendo y, sin quitarse las ropas tan siquiera, se quedó dormido.

CAPÍTULO IV

Al despertar, por la ventana de la habitación entraban raudales de sol.

Era precisamente el sol lo que le había despertado, al dar directamente sobre su cara.

Se desperezó ruidosamente, se pasó una mano por la barba, que ya estaba dura después de veinticuatro horas y pensó mecánicamente que los dos heridos debían estar mejor, ya que el médico no le había llamado en toda la noche.

Luego se sentó en la cama, sin haber abierto los ojos del todo.

—Debe ser muy tarde.

—Tardísimo —dijo una voz.

Milton se despertó instantáneamente y abrió los ojos del todo.

Luego los volvió a cerrar.

—Creía no haber visto bien.

—Estaba segura de que se levantaba usted a otras horas —dijo la voz—. Me he llevado un buen desengaño.

Milton abrió los ojos y de nuevo los posó en la dueña de aquella voz. Empezó a mirar por abajo. Unos finos zapatos de alto tacón, unas pantorrillas enfundadas en elegantes medias, unas rodillas suavemente torneadas, un vestido verde y rojo… Haciendo juego con el vestido, unos ojos intensamente verdes y unos labios intensamente rojos. Todo lo demás también era descomunal. La chica no estaba delgadita, ni mucho menos. Tendría unos veinte años. Veinte años deliciosos, aunque se los echaran a uno de condena.

Milton iba a hacer uno de sus acostumbrados y finos comentarios, como está usted imponente o algo así, cuando ella le preguntó con voz dura:

—¿Se llama usted Milton?

—Pues… sí.

—¿Le conocen por el apodo de, el enemigo del diablo?

Milton no entendió bien si ella había dicho amigo o enemigo del diablo. Pero como lo mejor cuando uno está ante una chica de ese calibre es contestar a todo que sí, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Ella, que estaba sentada en una butaca frontera, junto a la ventana, descruzó las piernas y se puso en pie.

—Me ha causado usted un desengaño —repitió.

—¿Por qué?

—Ya lo he dicho. Creí que se levantaba a otras horas.

—Eso está muy bien, pero ¿por qué me critica de ese modo? ¿Quién es usted?

—Me llamo Sheila.

—¿Y qué?

—Soy la sobrina del gobernador.

Milton dio un respingo.

Fue entonces cuando todas las brumas se alejaron definitivamente de su cerebro y cuando se dio cuenta de que allí había una confusión. Sheila, aquella muchacha fenomenal, le confundía con el otro Milton. Bastaría una palabra para deshacer el equívoco, pero entonces ella se alejaría. Y lo que menos deseaba él era verla salir por la puerta.

—¿Quién le ha dicho que estaba aquí? —preguntó.

—Lo sabe media ciudad. Anoche le vieron bajar de la diligencia y alguien le recomendó este hotel, al cual se dirigió seguidamente. En el libro registro he visto, además, que figuraba su nombre.

Milton se pasó una mano por la barbilla. La confusión estaba bien organizada. Si él no decía nada, aquella muchacha iba a creer que estaba ante el enemigo del diablo.

—Está bien —susurró—. Perdone por mi pregunta.

Ella señaló las cinco o seis botellas medio vacías que había sobre la alfombra.

—¿No escribió usted a mi tío, el gobernador, pidiéndole que aboliera el uso del alcohol?

—Sí… Sí, le escribí.

—¿Y qué significan esas botellas?

—Verá… Anoche me dediqué a convertir borrachos. Estuve en todos los saloons de la ciudad y convencí a algunas personas de que abandonasen el horrible vicio de beber. Arrepentidos, ellos mismos me entregaron las botellas, y yo me las traje aquí para que no volvieran a sentir tentaciones.

—¿Ésa es la razón de que se haya levantado tan tarde?

—Sí, eso es. Estaba rendido después de tanto ir de saloon en saloon, hablando. Puede creerme; rendido.

—Le creo.

Ella parecía convencida y le miraba con ojos distintos, donde se leía, sin embargo, una chispita de estupor.

—Si he de decirle la verdad —susurró—, me sigue usted causando sorpresa. No tiene el tipo de hombre que se dedica a convertir borrachos, ni a organizar reuniones de señoras solteronas los domingos por la tarde.

—¿De qué tengo cara, pues?

—De granuja.

La muchacha dio esta opinión con la mayor sencillez del mundo, y luego volvió a sentarse en la butaca, cruzando otra vez las piernas.

Milton la contemplaba boquiabierto.

—¿De modo que tengo cara de granuja? Nadie me lo había dicho.

Se lo decían cada día dos o tres veces, ésa era la verdad. Pero ahora no era cuestión de confesarlo. Él tenía que comportarse como si fuera John Milton, el enemigo del diablo.

—Es extraño —opinó ella—, porque posee justamente el aspecto de esos pistoleros que tienen un enemigo muerto en cada tumba y una novia viva en cada saloon. Si no fuese por la fama de varón justo y honrado que a usted le rodea, no me habría atrevido a entrar en esta habitación. Las apariencias engañan, ¿verdad, señor Milton?

—Claro que engañan, muñeca…, digo, claro que engañan, señorita.

—Será mejor que hablemos de lo que me ha traído aquí.

—Estoy ardiendo en deseos de saberlo.

—Me envía mi tío, el gobernador.

—¡Qué tío!

—¿Qué es lo que ha dicho, señor Milton?

—Nada, nada… Que su tío, el gobernador, es todo un tío, señorita. En el buen sentido de la palabra, se entiende. ¿Y dice que la ha enviado especialmente a verme? ¿A qué se debe tan gran honor?

—Quiere decirle cuatro cosas.

—¿Es que está enfadado conmigo?

—Si el gobernador se dedicara a fabricar horcas, ya habría fabricado una para usted.

—¿Sólo porque le escribí aquella carta?

—Sí, por aquella carta. Era muy respetuosa, desde luego, pero daba a entender que el gobernador no se ocupaba lo bastante de los asuntos del territorio. Como si en Colorado todo el mundo se emborrachara, o algo así. Y luego ha insistido usted, viniendo especialmente a Colorado Springs para verle, cuando sabe que tiene otros asuntos más importantes que atender.

—Lo sé, desde luego.

—¿Y aún se atreve a insistir que la venta de licor sea prohibida en todo el territorio?

—Sería una medida muy beneficiosa. Si examinamos los estragos causados por el alcohol, usted se asombraría. Por ejemplo, en tiempos de los romanos, en las viejas ciudades de Europa…

Ella hizo un gesto de fastidio.

—Menos discursos, por favor. Ya veo que es usted un pelmazo de esos que empiezan a echar sermones apenas se levantan de la cama. No me importa lo que ocurriera con el alcohol en tiempo de los romanos ni lo que ocurra ahora. Personalmente apenas pruebo el licor, de modo que éste no es asunto mío. ¿Quiere ver al gobernador?

—¿Para qué?

—Usted quería verle, ¿no es así?

Milton reprochó para sus adentros su falta de habilidad. Tenía que fingir mejor.

—Sí, claro que quería verle. Y cuanto antes mejor.

—Pues yo le llevaré hasta él.

—¿Dónde está ahora?

—En un rancho de las cercanías, donde tiene establecido una especie de cuartel general. ¿Sabía usted que en Colorado hay un

importante problema ganadero, y que si no se resuelve tendremos aquí una especie de guerra civil?

—He oído algo de eso.

—Pues cuando vea al gobernador lo comprenderá. Los ánimos están muy excitados. Arréglese y le esperaré en el vestíbulo del hotel dentro de media hora.

Y sin decir una palabra más salió de la habitación, moviendo las caderas como una reina.

Milton estaba boquiabierto.

¡Qué mujer!

Iría con ella, aunque todos los ganaderos y rancheros de Colorado estuviesen esperando en la llanura para lincharles al gobernador y a él.

Se afeitó y arregló, y antes de la media hora convenida estaba en el vestíbulo del hotel.

Ella le esperaba leyendo un ejemplar atrasado del Colorado News. Varios moscones pululaban por allí, haciendo tintinear las espuelas, pero sin atreverse a dirigirle la palabra. Sheila lanzó un silbido al ver a Milton.

—¿Es que me encuentra guapo? —preguntó éste.

—No es eso. A un tipo como usted no se le encuentra guapo nunca. Es que creí que el bondadoso Milton no usaba revólveres.

Y señaló con la mirada los dos «Colts» del 45 bien limpios y engrasados que el joven llevaba colgando de sus fundas.

—Sólo los llevo para impresionar —dijo él en voz baja—. Pero no se lo cuente usted a nadie. Apenas sé manejarlos.

—¡Ah!

Salieron a la calle, donde aguardaba un hermoso calesín tirado por una elegante jaca que debía ser de procedencia española. Subieron al vehículo, y la muchacha condujo. Tenía un modo de llevar las riendas, suave, pero firme, y se adivinaba que estaba acostumbrada a vivir en la llanura.

Milton la observaba disimuladamente, en silencio. Él, a su vez, se sentía observado.

Sin cambiar una palabra, llegaron a la vista de un hermoso rancho, media hora después de haber salido de Colorado Springs.

El rancho estaba formado por varios edificios de madera y ladrillo, y en los prados de su alrededor se veía pastar a centenares

de cabezas. Varios carruajes estaban detenidos en la plaza, frente a los edificios.

Después de apearse y dejar el vehículo al cuidado de un vaquero, Sheila y Milton pasaron al interior del rancho.

Sin duda el dueño de todo aquello se sentía muy honrado ofreciendo su casa al gobernador para que tratara de resolver desde allí el eterno pleito entre agricultores y ganaderos.

En una gran sala habilitada como despacho, Milton se encontró al fin ante el gobernador de Colorado.

Éste era un hombre joven, de unos cuarenta años, de aspecto enérgico. Contempló a Milton con sorpresa.

—¿Usted es ése a quien llaman el enemigo del diablo? —preguntó.

—Sí, excelencia.

—Pues no lo parece.

—Es que disimulo, ¿sabe?, para que el diablo no se entere.

La cosa no hizo gracia al gobernador, quien ahora contemplaba a Milton con cierta mueca de fastidio.

—Usted es ese tipo que no puede soportar el alcohol, ¿verdad?

—Sólo el olor ya me molesta, excelencia.

—¿Y cree que por eso yo puedo prohibir su venta?

—La mayoría de los pistoleros no cambian de vida porque son unos borrachos, excelencia.

—¡La mayoría de los pistoleros no cambian de vida porque el Oeste es así! —gritó el gobernador, dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Y aquí no hacen falta predicadores, sino *sheriffs* que sepan liquidar dos hombres de un solo balazo!

Milton estuvo a punto de gritar ¡Bravo!, porque él creía precisamente lo mismo, pero se contuvo, ya que estaba representando una comedia.

—Cada uno tiene sus opiniones.

—Y yo respeto las suyas.

—Gracias, excelencia.

—Por lo tanto, voy a ayudarle, a fin de que no crea usted que rechazo sus buenos propósitos. Desde luego, no puedo prohibir que se vendan licores en las ciudades de Colorado porque eso es imposible.

—Claro, imposible.

—¿Qué dice?

—Que los licores… Digo que todo me parece muy bien, excelencia.

—Lo celebro. Y repito, pues, que no puedo prohibir la venta de bebidas alcohólicas, pero le apoyaré con todas mis fuerzas en su proyectado asilo para borrachos.

—¿En un asilo para qué…? —preguntó Milton, quien no se acordaba de nada.

—¡En un asilo para borrachos, hombre! He sabido que un notario llamado Hoover tiene que leerle un testamento según el cual se deja a la Liga Moral y Antialcohólica, de la que usted es presidente, un rancho situado cerca de aquí para que lo convierta en una especie de asilo de borrachos que quieran regenerarse.

—¡Ah, sí! Con la emoción casi no me acordaba.

—Pienso apoyarle para que pueda establecerse pronto ese asilo —continuó el gobernador, sin darse cuenta de las vacilaciones del joven—. Es todo lo que está en mi mano hacer.

—Gracias, ya es bastante.

—Le prestaré dinero con cargo a los presupuestos del Gobierno y haré que alrededor del asilo se extienda una zona donde no pueda entrar ningún pistolero.

—¡Oh, qué idea tan excelente!

«Así no podré entrar yo», pensaba Milton.

—Contará usted con la ayuda especial del *sheriff* de Colorado Springs cada vez que la solicite.

—Todo esto es maravilloso.

—Sin embargo, señor Milton, pone usted la misma cara que si le estuviesen arrancando una muela.

—Es que las personas virtuosas no reímos nunca, excelencia.

—¿Cómo piensa usted organizar ese asilo?

—Pues… ya que a los borrachos no se les puede quitar bruscamente el licor, organizaré unas grandes bodegas. Sí, unas grandes bodegas llenas de *whisky*, *brandy*, ron y todo eso. Como medicina solamente, ¿sabe? Yo dirigiré todo aquello personalmente, haré que me ayude la secretaria de la Liga Moral y Antialcohólica.

—Todo me parece muy bien, excepto lo de las bodegas.

—Yo sé lo que me digo.

—Está bien, no vamos a discutirlo. He dicho que le ayudaría y

pienso hacerlo. ¿Ha hablado ya con el notario Hoover?

—Aún no, pero le visitaré esta misma mañana.

El gobernador se removió en su asiento, como si quisiera decir algo muy importante y no se atreviera.

Sheila había asistido a la conversación, inmóvil en un rincón de la pieza.

Su tío la miró.

—Oye, Sheila…

—Dime.

—¿No podrías dejarnos solos un momento?

Ella parpadeó, un poco confundida, pero al fin inclinó la cabeza respetuosamente.

—Sí, claro —susurró.

Y salió de la habitación.

El gobernador dio la vuelta a su mesa y se acercó pausadamente a Milton, sin dejar de mirarle. Pero ahora su mirada no era la de un hombre que está seguro de sí mismo, sino la de un hombre que se ve en un apuro y tiene que pedir un favor.

—¿Fuma? —preguntó ofreciendo un cigarrillo a Milton.

—No, gracias.

Él encendió el suyo.

—Verá… —susurró luego, mientras expelía una bocanada de humo—. Yo también tengo que pedirle algo. Se me ha ocurrido de repente, al verle. Es algo que me preocupa mucho, pero en lo que no había pensado relacionándolo con usted.

—¿De qué se trata?

Él contestó con otra pregunta:

—¿Se ha fijado usted en Sheila?

—Sí, claro. ¿Quién no se fijaría?

El gobernador miró a Milton con los ojos entrecerrados, mientras por entre sus labios escapaba lenta, muy lenta, una nueva bocanada de humo.

Y fue entonces cuando pronunció esta frase:

—Cásese con Sheila, Milton. Cásese con ella…

CAPÍTULO V

Milton, boquiabierto, contempló unos instantes al gobernador como si estuviera viendo visiones.

El gobernador seguía fumando, y el humo flotaba ante su cara como una especie de niebla.

Milton jadeó:

—Necesito un cigarro.

—¿No me ha dicho que no fumaba?

—Voy a empezar ahora.

El gobernador le puso un cigarro en los labios y se lo encendió. Era un auténtico habano de la mejor calidad. Richard Milton sabía distinguir, pero fingió fumarlo con el mismo desinterés que el que se fuma una vela.

El gobernador se sentó con semblante preocupado en una de las butacas que había frente a la mesa, e invitó a Milton a hacer lo propio en una butaca gemela.

—Señor Milton, a usted le llaman, según me han dicho, el enemigo del diablo —comenzó solemnemente.

—Sí, es cierto. Aunque yo no sé lo que el diablo tendrá que decir a todo esto.

—Dejemos al demonio en paz, por el momento. Yo he empezado a hablarle así, señor Milton, para que se dé cuenta de que estoy seguro que es usted un hombre de honor.

—Hasta ahora he procurado serlo.

Esto era verdad. Richard Milton podía tener muchos defectos, pero no el de ser un hombre sin palabra o un hombre sin honor.

El gobernador dio otra chupada a su cigarro.

—Ya ve, acabamos de conocernos y sin embargo, me inspira confianza. Sé que es usted uno de los hombres más honrados y

serios que existen en todo el territorio. La Liga Moral y Antialcohólica, que usted preside, ha hecho más bien en pocos años que casi todas las leyes federales que rigen en Colorado. Por eso quiero hablarle así.

—¿De qué quiere hablarme?

—De Sheila.

—¿Qué ocurre con ella?

—Sheila no es mi sobrina.

Milton se tragó de golpe todo el humo que tenía en la boca y por poco se traga el cigarro detrás.

—¿Qué dice?

—No lo interprete mal.

—No lo interpreto de ninguna manera.

—Verá, Sheila es la hija de un gran amigo mío, ya muerto. Prometí cuidar de ella cuando él estaba a punto de exhalar su último suspiro, y desde entonces me he esforzado por mantener esa promesa. Naturalmente, para que Sheila no se sintiera violenta a mi lado ni echara en falta el cariño de un auténtico familiar, le dije que era un lejano tío suyo. Un hermano político de su madre, a quien ella no llegó a conocer. Desde luego lo ha creído siempre así, y es necesario que siga creyéndolo.

—Me parece una historia muy conmovedora. No veo la razón para que tenga usted que avergonzarse de nada.

—No me avergüenzo. Trato de explicarle la situación.

—Y yo, hasta ahora, la comprendo perfectamente…

—Pero no crea que todo es tan sencillo. Mi amigo, el padre de Sheila, murió durante las grandes campañas anteriores a la guerra de Secesión, ahora hace quince años. Ambos éramos entonces capitanes de un escuadrón de caballería. Sheila, que entonces tenía cuatro o cinco años, viajaba en la caravana que estábamos protegiendo cuando fuimos atacados. Nuestros escuadrones fueron deshechos, mi amigo murió y Sheila, junto a otros supervivientes, fue raptada por los indios.

—¡Diablos!

—No es eso lo peor…

—¿Todavía no?

Milton mordisqueó el cigarro.

—Sheila ha permanecido entre los indios hasta hace dos años.

—Oiga: ¿qué hay que hacer para convertirse en indio?

—No diga tonterías. Hay momentos en que no parece usted el mismo, señor Milton.

—Perdone. Deben ser los efectos del cigarro.

—Pues, como le explicaba, Sheila permaneció con los indios; en lo más inaccesible de las montañas, la friolera de trece años aproximadamente. Fue educada por ellos y en muchos aspectos es una verdadera india. En dos años que lleva viviendo conmigo la he hecho cambiar mucho en el sentido de que ahora viste con elegancia, sabe presentarse y hasta ser coqueta a la manera de las mujeres de nuestra raza; Pero su alma sigue siendo india. Sé que en este sentido hará falta toda una vida para cambiarla.

—Y estando tanto tiempo entre los indios y siendo ella tan bonita, ¿no hubo nadie que se enamorara de ella?

—Ése es otro punto del cual quiero hablarle. Sheila fue desde el principio una especie de hija adoptiva de la tribu, y por consiguiente no sufrió el menor daño ni aun cuando empezó a convertirse en una mujer bonita. Pero desde luego tuvo que prometerse en matrimonio. Su futuro esposo era un jefe sioux.

—¿Cómo se llamaba?

—Se le conocía por Cuchillo Certero.

—¡Pero si Cuchillo Certero es un indio que tiene fama de sanguinario y de loco!

—¿Cómo lo sabe? Sólo los que han penetrado en territorio indio han oído hablar de él.

Milton mordió el cigarro otra vez. Entre sus muchos oficios figuraba el de guía de las fronteras indias, y conocía los territorios sioux mucho mejor que cualquier otro hombre de Colorado. Pero ahora no podía decirlo porque hubiera quedado demostrado que ocupaba el lugar de otro.

—Entre los borrachos a los que atiendo hay muchos que han estado en territorio indio —dijo por toda explicación.

—Claro, es natural. Y he de decirle que sus informes no son equivocados, Milton. Cuchillo Certero es, en efecto, un sanguinario medio loco, y además ahora está rabiando de celos.

—¿Y pretende que yo me case con Sheila para que ese indio condenado me arranque la cabellera?

—No hay que temer por ese lado. Cuchillo Certero fue hecho

prisionero hace unos meses y desterrado a Oklahoma, bien lejos de su tribu. Es imposible que pueda volver.

—No sabe lo tranquilo que me siento…

—Sabiendo que es usted un hombre pacífico, yo no le habría propuesto casarse con Sheila si supiera que corre peligro su vida, señor Milton.

—Lo comprendo, lo comprendo… Y dígame: ¿cómo consiguió sacar a Sheila del territorio de la tribu?

—No la saqué yo. Estuve muchos años buscándola, pero sin ningún resultado. El que la sacó fue otro.

—¿Quién?

—Orwell.

—¡Pero si Orwell es un pistolero de la peor especie!

—¿Cómo lo sabe, señor Milton? Orwell no ha actuado en Colorado desde que se puso fuera de la Ley.

Otra vez había metido la pata. ¿Cómo decirle que Orwell y él se pelearon una vez a navajazos, en Nevada, por culpa de una mujer? A cada minuto que pasaba Milton se sentía más incómodo dentro de su falso papel, pero ya no tenía más remedio que seguir adelante.

—Los borrachos, siempre los borrachos… ¡Ayudándolos se entera uno de cada cosa!

—Es natural, me hago cargo. Pues, como le decía, Orwell la sacó de allí. No lo hizo con buenas intenciones, claro, porque ese tipo no tiene un solo pensamiento limpio. Trabajaba entonces con una banda que vendía armas a los sioux, y en determinado momento vio a Sheila. Pudo hablarle y la convenció para que se fugara con él, prometiéndole no sé cuántas maravillas. Como ella no conocía apenas nada fuera del campamento indio, sus palabras la sedujeron por completo. Y una noche escaparon los dos, burlando la vigilancia de la tribu.

—Pues si llegan a atraparlos los queman vivos.

—Sabían a lo que se exponían, sobre todo Orwell. Pero pensaba que valía la pena con tal de tener por esclava a una muchacha así. La llevaría a una de sus guaridas, y entonces… todo sería sencillo. Pero el Destino quiso que durante su viaje se tropezara con algunos hombres de mi escolta personal. Hubo tiroteo. Orwell tuvo que huir, herido, y mis hombres trajeron a Sheila a mi presencia. Imagínese mi alegría y mi sorpresa al ver que era la niña a la que yo había

estado buscando durante trece años.

—Pero sus preocupaciones no habían terminado, a lo que parece.

—No. Empezaban precisamente entonces.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Varias cosas. Como le decía, he logrado hacer de Sheila una señorita, pero su alma sigue siendo india. No da importancia a beber los mismos licores que los conductores de manadas, maneja el cuchillo como un auténtico demonio y emplea a veces cada palabrota capaz de hundir una pared. Para que olvide todo lo que aprendió en la tribu necesita casarse con un hombre honesto, digno, que sepa cambiarla.

—¿Como yo?

—Usted es el hombre más digno que hay en Colorado.

—Pero… yo… Es que no quiero casarme.

—Piense que si se casa usted con Sheila dispondrá de todo mi apoyo para continuar su obra. La asociación que usted dirige será una de las más poderosas y respetadas del país.

—Usted me ofrece demasiadas ventajas. Sheila es una mujer por la que cualquiera se dejaría cortar la cabellera. Sin conocerme apenas me da facilidades para que me case con ella y encima me promete ayuda. Perdone, ¿qué gato encerrado hay en todo esto?

—¿Por qué dice que apenas le conozco, señor Milton? ¡Si es usted uno de los hombres más famosos que existen!

—Conteste: ¿qué gato encerrado hay en esto?

—Verá… Ella sigue teniendo un gran ascendiente entre los indios. Cuando estuvo con ellos hizo también amistad con los contrabandistas de armas. Sé que algunos de éstos intentan emplear a Sheila para burlar nuestra vigilancia y convencer a los sioux de que deben adquirir nuevo armamento si quieren sobrevivir. Ignoro el papel que ella ha jugado en todo esto, pero el tráfico de armas vuelve a ser intenso.

—Y si se casa conmigo, ¿cree que eso se solucionará?

—Sí.

—¿Por qué?

—Perdone que le sea tan sincero, pero usted es un tipo capaz de hacer dormir de aburrimiento a un águila. Justo lo que necesita Sheila para domar su inquietud. Usted la sumergirá en un mundo

aparte, la hará olvidarse de todo su pasado. Sé que a su lado no correrá ningún peligro y terminará siendo feliz.

—Muy bien. Supongamos que sea cierto. ¿Pero qué dirá ella a todo esto?

—Usted deberá conquistarla.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Estará en su compañía durante bastante tiempo. Ella será su secretaria en el asilo para borrachos que van a fundar.

A Milton se le cayó el cigarro de la boca.

Se había metido en el lío más enorme de toda su vida. ¿Es que iba a quedarse él a dirigir aquel asilo de borrachos? ¿Es que tendría que ocupar de verdad el puesto de Milton, el enemigo del diablo?

El gobernador se puso de pie.

—Piénselo durante cinco minutos.

Milton calculó la distancia que habría desde la ventana al patio, por si saltando corría peligro de romperse alguna pierna. Al fin se puso en pie y se encogió de hombros. Había una mujer bonita de por medio. Y él, cuando había de por medio una mujer bonita, no retrocedía jamás.

CAPÍTULO VI

Pero aún le quedaba una esperanza, y era que el verdadero John Milton, el auténtico enemigo del diablo estuviera en disposición de moverse y hacerse cargo de aquel maldito asilo de borrachos que pensaba fundar.

De este modo Sheila sería su secretaria y se casaría con él, recibiendo ambos la bendición del gobernador. Buen provecho les hiciera. Y a él, a Richard Milton, que le dejasen en paz.

Por eso, lo primero que hizo al volver a Colorado Springs —volvía solo, pues Sheila se había quedado en el rancho con su tío—, fue ir a casa del médico, el doctor Orson, para ver cómo seguían los dos pacientes.

Orson le recibió vaciando una botella de ginebra.

—¿Qué, cómo siguen esos dos pájaros?

—¿Y tú lo preguntas? Pues nada bien, muchacho, nada bien…

—Yo creí que habrían mejorado.

—Están fuera de peligro, desde luego, pero aún tardarán en hacer vida normal.

—¿Quién se levantará primero?

—La chica.

El joven se mordió el labio inferior, contrariado, pues había creído que el primero en levantarse sería Milton.

Orson dejó casi limpia la botella de ginebra.

—¿Qué te ocurre, muchacho? Pareces preocupado.

—Es que he tenido una entrevista con el gobernador.

—¿Tú? ¡Cuerno, eso es increíble! ¿Y qué quería decirte? ¿Qué te ahorcará antes de Año Nuevo?

—No he ido a verle en mi nombre, sino en el de John Milton, el que está herido en tu casa.

—¿Y por qué has hecho esto? Podrás ser lo se quiera, pero hasta ahora, no habías suplantado la personalidad de nadie.

—Es que estaba de por medio una mujer. Una mujer bonita como no puedes imaginarla. Ella ha venido a buscarme creyendo que yo era John Milton, el enemigo del diablo, y no he sabido negarme.

—Yo comprendo. Oye, esto te traerá complicaciones.

—Me las ha traído ya. Nunca me había visto ante un gobernador y no he sabido negarme. Me ha tomado por un santo varón, o algo así, y pretende que me case con su sobrina adoptiva, que a consecuencia de haber pasado su infancia con los sioux está ahora envuelta en una serie de complicaciones que no voy a explicarte. Él cree que casándola conmigo la vida de esa muchacha será un paraíso y un remanso de paz.

—¿Y tú no has sabido negarte?

—No. La chica es guapa. Y además ya te he dicho que nunca me había visto ante un gobernador. Me ha tratado con la mayor familiaridad y en aquel ambiente parecía un ranchero, pero yo estoy acostumbrado a tratar sólo con fulleros y conductores de ganado. Seguramente le habría dicho que sí aun en el caso de pedirme que me comiera mi revólver.

—Pues estás listo.

—Pero en el camino he venido pensando.

—¿Y qué has pensado sí puede saberse?

—Pues que no me interesa casarme de ninguna manera. Yo tengo que ser libre, libre como los caballos salvajes y como el viento. Y me he dicho: «Si John Milton se recupera pronto, estaremos a tiempo de deshacer el equívoco y todo se arreglará».

—Me temo que eso no sea posible, muchacho. Milton tiene para unas cuantas semanas. De modo que lo mejor que puedes hacer es ir a ver de nuevo a ese hombre y decirle que le has engañado.

—Estupendo. Y él es capaz de hacerme colgar.

El médico se quedó pensativo mientras descorchaba otra botella de ginebra.

Richard Milton se la quitó de las manos y bebió un largo trago hasta dejarla mediada, manchándose el cuello, el pecho y la camisa. A él le gustaba beber así.

—Lo peor de todo —dijo después—, no es que tenga que

casarme con esa chica, sino que deberé hacerme cargo de la dirección de un reformatorio para borrachos.

—¿Y… y por consiguiente no podrás beber?

—Ni una gota.

El médico se llevó ambas manos a la cabeza.

Y Richard Milton aprovechó aquel gesto de desesperación para engullir otros dos tragos de la botella de ginebra. Luego la tapó y fue a guardarla en uno de sus bolsillos, pero Orson se la arrebató de las manos.

—Más valdrá que vayas a ver a los heridos. Deja la botella en paz.

El joven fue a ver a John Milton.

El enemigo del diablo tenía mejor aspecto, pero era fácil de adivinar que no podría moverse de la cama durante algún tiempo. Aunque estaba fuera de peligro, sus heridas exigirían muchos cuidados aún.

—Gracias por su visita —dijo, después de informarle sobre su estado—. Sentiría molestarle, pero tengo que pedirle un favor.

—¿Qué clase de favor? Bueno, eso es lo que menos importa. Haré lo que sea por usted.

Inmediatamente Richard Milton iba a tener que arrepentirse de estas palabras.

John comenzó:

—Ha venido a verme el notario Hoover.

—¿Y qué?

—Me ha dado detalles sobre el rancho que fue dejado en herencia a la Liga Moral y Antialcohólica. Es un magnífico edificio situado no lejos de aquí. Está todo dispuesto ya para comenzar la curación de cuantos borrachos lo necesiten. Pero se presenta una grave dificultad.

—Que está usted herido, claro.

—Sí. Y una cláusula del testamento dice que nuestra actuación debe empezar inmediatamente o perderemos el rancho.

Richard palideció.

—¿No pretenderá que yo…? ¿Eh…? —empezó—. ¿No pretenderá que yo…?

—Precisamente ése es el favor que deseaba pedirle. Y usted me ha dicho que lo tenía concedido de antemano.

—¡Oiga, a mí no me hace nadie dirigir un reformatorio para borrachos! ¡Si precisamente yo soy un borracho!

—Mejor, amigo mío, mejor. Así se reformará usted también. Puede tomar posesión del cargo en mi nombre, como si fuera yo mismo. Luego, cuando yo esté mejor, le sustituyo y en paz. ¿Qué sacrificio representa eso para usted? Incluso cobrará un sueldo mientras esté allí.

—Eso no me importa. Cuando me hace falta dinero, trabajo. Tengo trabajo en cualquier sitio, y en esta zona lo pagan bien.

—Ya sé que no puedo ofrecerle ningún beneficio material, amigo mío, pero sí un inmenso beneficio moral. Cuando salga usted de allí será otro hombre, se lo prometo.

—¡Claro que seré otro hombre! ¡No va a conocerme ni mi tía! ¡Estaré hecho un asco!

—¿No va usted a complacer a un herido? ¿No hará ese pequeño sacrificio para salvar la vida de docenas de hombres estropeados por el alcohol?

Richard Milton apretó los puños, sabiéndose cogido en una trampa.

—He dicho que le haría ese favor —gruñó—, y ahora me arrepiento, pero se lo haré.

—Su conciencia se lo agradecerá toda la vida.

—Mi conciencia no agradece nada si no le baño con ginebra por lo menos dos veces al día.

—Está usted obcecado, pero ya cambiará.

—Claro. ¡Qué remedio va a quedarme! Dígame qué es lo que tengo que hacer.

—Ir a ver al notario Hoover, el cual le llevará al rancho, guardando una absoluta reserva sobre su personalidad. También tendrá que poner un telegrama a la señora Robinson. He aquí la dirección.

Y tendió a Richard un papel donde había garabateado el nombre y la dirección de la vicepresidente de la Liga, en Den ver.

Richard Milton lo tomó como el que toma el documento donde consta su sentencia de muerte.

—¿Cuándo habrá que empezar… con todo esto?

—Enseguida.

—¿Y dónde encuentro yo a los borrachos que quieran dejar de

beber? ¿Cree usted que hay alguno?

—La señora Robinson se encargará de proporcionárselos.

—Supongo que, a golpes de paraguas, ¿no?

—¡Oh, no! La señora Robinson es muy cariñosa. Sólo emplea su paraguas un par de veces por semana.

Richard Milton, mientras se ponía en pie, se llevó una mano a la cabeza. Se sentía acorralado.

¡Y todo por habérsele ocurrido ir a ver la noche anterior cómo estaba alojado aquel tipo!

—Cumpliré mi palabra —dijo de todos modos—. Pero póngase bueno pronto o soy capaz de hacerle tragar un barril de ron.

Estrechó la mano de John Milton y salió de la habitación.

Al atravesar el pasillo vio otra habitación con la puerta abierta, y dentro una cama donde yacía una joven. Aquella joven era Fiorella.

Ella le sonrió, a pesar de la palidez de su rostro, pareció por unos momentos como si aquella sonrisa iluminase la habitación entera.

Richard Milton no se atrevió a entrar.

«Esta chica es endiabladamente bonita —pensó, sin embargo—. ¡Mil diablos! ¡Y pensar que yo he prometido no probar el alcohol y encima voy a tener que casarme con otra!».

CAPÍTULO VII

Los dos hombres estaban acodados en la barra, delante de una botella de *whisky*. El licor brillaba en sus copas.

Cualquiera que los hubiese visto, habría dicho: «Son cazadores de pieles de los que trabajan en el Norte. Seguramente vienen ahora de Montana o del Canadá».

Efectivamente, su aspecto era idéntico al de docenas de traficantes en pieles que cada año, al empezar la primavera, volvían con su carga a los territorios del Oeste Central, donde su mercancía alcanzaba un buen precio.

Eran bastantes los que preferían vender directamente allí en lugar de ceder las pieles a bajo precio a otros comerciantes en los mismos terrenos de caza.

Pero ésos no traficaban en pieles, desde luego.

Quizá por eso mantenían su conversación en voz baja y en un ángulo de la barra, donde nadie podía oírles.

Hablaban de armas.

—Yo he llevado el cargamento a través de toda la zona de monte Elbert —decía uno—. ¿Te lo entregaron a tiempo?

—Exactamente en la fecha y el lugar convenido. Ya sabes que mis agentes trabajan bien. Estaban allí a pesar de la espantosa nevada, y lograron desorientar a toda la vigilancia. Esas armas han llegado a Colorado Springs sin que nadie se diera cuenta, y están dispuestas a salir para el territorio indio cuando empiecen las fiestas. Si se aprovecha el tumulto, no hay entonces el menor peligro.

—Pero para las fiestas ganaderas faltan todavía quince días. ¿Estarán las armas bien ocultas mientras tanto?

—Nadie las puede encontrar.

—¿Dónde las tienes?

—No lo imaginarías nunca. En un rancho.

—¡Pero eso es una locura!

—Se trata de un rancho abandonado que hay a menos de diez millas de aquí. Para guardar armas destinadas a los indios no habría elegido un rancho habitado, naturalmente. El lugar de que te hablo perteneció a un viejo loco que según parece murió destrozado por el alcohol. Y arrepentido en sus últimas horas de los excesos que había cometido durante su vida, el muy burro, dispuso en su testamento que en el rancho que dejase se fundara un asilo para borrachos. También dejó todo su dinero para atender a los gastos de ese reformatorio.

—Pero eso es estúpido… ¿Crees que hay algún borracho que quiera reformarse?

El interpelado se bebió entero su vaso de *whisky* y luego resopló de satisfacción mientras se frotaba la boca con el dorso de la mano.

—Tiene que haber gustos para todo, amigo.

Luego continuó:

—Parece que de esa especie de reformatorio se hará cargo una asociación que existe en Denver y que se llama nada menos que Liga Moral y Antialcohólica. Su presidente es un tal Milton, un tipo blandengue que no sirve para nada.

—¿Y qué ocurrirá cuando ese rancho lo empiecen a llenar de borrachos?

—Nada. Durante los quince días que nos faltan para sacar las armas de allí, el rancho estará vacío seguramente. Y luego, aunque estén Milton y unos cuantos tipos más, ¿qué importa?

—Si ése es tan blandengue como tú dices, no ocurrirá nada, desde luego. ¿Pero qué pasará si alguien descubre las armas? Podría avisar al *sheriff* o a los agentes federales que vienen siempre a Colorado Springs durante las fiestas ganaderas.

—No, no temas. Las armas están bien ocultas.

—¿Dónde?

—¿Qué sitio te imaginas tú que será el menos visitado en un reformatorio para borrachos?

—¡La bodega!

—Pues allí están las armas. Y las municiones han sido guardadas dentro de viejos barriles que no se usan desde hace muchos años.

Así será más fácil sacarlas de allí.

—Es una buena idea. Pero ¿y si hay jaleo a pesar de todo? Esas armas significan una auténtica fortuna. Los sioux están preparando un nuevo levantamiento y pagarán por ellas lo que queramos pedirles. Tienen mucho oro, robado a las diligencias en el último año.

El otro se sirvió más *whisky* y lo bebió tranquilamente, con los pausados ademanes del que está bien seguro de sí mismo.

—Si hay jaleo, contaremos con la ayuda de Sheila. Sheila es la sobrina del gobernador. No se ha comprometido a nada, pero puede obligarla a ayudarnos el hombre que la sacó del territorio indio y que durante algún tiempo se dijo iba a casarse con ella. Un pistolero a quien todo Colorado ha oído nombrar, y que es, precisamente, el encargado de sacar las armas del rancho.

—¿Orwell?

—Sí, Orwell.

Como si aquel nombre hubiese sido un conjuro, en aquel mismo momento se oyó una voz a espaldas de los dos falsos cazadores de pieles.

—¿Hablabais de mí?

Los dos se volvieron al mismo tiempo, como si acabaran de oír a su espalda el silbido de una serpiente. Les parecía increíble que alguien hubiera podido acercarse allí sin que se dieran cuenta. Pero al volverse vieron al propio Orwell.

Y tratándose de Orwell todo era posible, porque tenía la agilidad de un puma y la astucia y el silencio de un gato.

—No… no sabíamos que estuvieras en Colorado Springs —balbució uno de los falsos cazadores.

—He venido para vigilar este trabajo y tenerlo todo listo cuando las fiestas ganaderas empiecen.

Bebió un buen trago de la botella de *whisky* y dijo luego:

—También hay otra razón.

Mientras bebía, los dos habían estado contemplando con admiración a Orwell.

Un tipo alto y joven que era todo músculo, todo vigor. Un hombre de hierro cuyos puños eran capaces de matar a un hombre y cuyos revólveres no llevaban muescas porque no hubieran cabido materialmente en las culatas. Sobre aquella arquitectura de coloso

había además un rostro agradable, aunque sus ojos fueran fríos y crueles.

Los dos falsos cazadores de pieles suspiraron, satisfechos. Ya nada había que temer estando Orwell allí. ¿Qué iba a poder contra él un tipejo como John Milton, fundador de un club para solteronas?

Orwell bebió otro trago y repitió:

—Hay también otra razón para que yo haya llegado a Colorado Springs antes de lo previsto.

—Debe de ser muy importante…

—Lo es. Se trata de una mujer. He oído decir que Sheila, una sobrina adoptiva del gobernador, se encuentra con él en Colorado Springs. Y Sheila y yo hemos de hablar mucho.

Lanzó una carcajada metálica.

—Hemos de hablar de cosas muy importantes… y muy íntimas.

CAPÍTULO VIII

El doctor Orson examinó atentamente a la joven, que en pie ante él se apoyaba vacilante en un bastón, haciendo todos los esfuerzos posibles por mantenerse erguida.

Orson no estaba borracho esa mañana. Pero hubiera deseado estarlo, porque el alcohol le daba fuerzas y lo que tenía que decir a la muchacha era extremadamente cruel.

Fiorella, algo pálida después de aquellos días de cama, le miraba con ojos suplicantes.

—¿Podré andar otra vez como antes, doctor?

Orson se rascó la mandíbula.

—¡Oh, sí, claro que sí!

—Sé que me miente. Lo dice usted sólo para no desanimarme.

—Hay muchas maneras de andar, Fiorella.

—Yo sólo conozco una manera de ir por el mundo, doctor. Ir sin este condenado bastón…

Quiso soltarlo y estuvo a punto de caer. Las lágrimas brillaron entonces en los grandes ojos de Fiorella.

—No podré andar nunca más sin él, ¿verdad? ¿No es eso, doctor Orson?

—No se puede decir nada todavía, pero… Bueno, la verdad es que la hirieron gravemente, muchacha. Iban a matarla. Sin embargo, sigue usted viva, con buena salud y acusando tan sólo una leve cojera. ¿No es bastante satisfactorio?

—Lo es, doctor, y yo toda la vida deberé estarle agradecida. Pero hágase cargo… Yo sólo tengo veinte años…

—Habrá muchos hombres que la quieran. El andar de una forma o de otra no tiene ninguna importancia. Además, todo es cuestión de práctica. Verá usted cómo dentro de dos meses camina mucho

mejor.

Fiorella se enjugó las lágrimas que resbalaban de sus ojos, intentando sonreír.

—Gracias, doctor… Gracias por todo.

—Ahora, si me lo permite, iré a visitar a otros enfermos. Ayer fue sábado, y los sábados por la noche hay más heridos en Colorado Springs que en todo el resto de la semana. Yo no sé qué le da a la gente en ese día. Debe de ser el alcohol. ¡Maldito alcohol!

Sacó de uno de los bolsillos de su levita una botella chata de *whisky* y se endosó un buen trago entre pecho y espalda, saliendo seguidamente de la habitación.

No había hecho más que salir cuando en el umbral de ésta se recortó la figura de un hombre.

Era John Milton.

Milton caminaba con más soltura que la joven, pues las balas no habían llegado a penetrar en los huesos de su cadera. Pero, sin embargo, su estado general era peor. Estaba mucho más pálido y el doctor Orson había llegado a temer seriamente por su vida. Ahora empezaba a dar algunos pasos por la habitación, pero se sentía muy débil.

—No debiste llegar hasta aquí, John —dijo Fiorella, dejándose caer en una de las butacas de la habitación—. El doctor Orson dice que aún no debes salir de tu cuarto.

Fiorella se había sentado, no porque estuviese cansada, sino para que él no la viera apoyada en el bastón.

—He oído cómo hablabais —manifestó Milton—. Lo siento.

—¿Qué es lo que has oído?

—Orson piensa que necesitarás ese maldito bastón durante mucho tiempo. Yo no lo creo, Fiorella, porque tú eres joven y te recuperarás. Pero si fuera cierto… Si Orson tuviera razón…

—¿Qué, John?

Él desvió la mirada.

—A ti, a pesar de todo, habrá hombres que te quieran.

—Eso no me preocupa, John.

—No te preocupa ahora porque sólo tienes veinte años, pero luego… En fin, Fiorella, lo que he de decirte quizá no tenga sentido, y no sé ni tan siquiera cómo lo vas a interpretar. Pero yo daría los dos brazos por casarme contigo…, aunque nunca volvieses a andar

como antes.

Ahora fue ella la que desvió la mirada. Y un rayo de sol, viniendo de la ventana, arrancó a su cabellera deliciosos reflejos. Sus dedos se entrelazaron nerviosamente.

Se daba cuenta de que él no la quería, de que no podía quererla aún. Sólo la compasión le había hecho pronunciar aquellas palabras. Pero Fiorella no se ofendió, sino que se sintió honda y profundamente agradecida a aquel hombre que todo lo daba sin perder nada a cambio.

—Te estoy muy reconocida, John —susurró—. Eres muy bueno conmigo.

—Nadie habla de ser bueno o malo. Simplemente ocurre que estoy… enamorado de ti.

Fiorella sonrió, sin atreverse a mirarle aún, abiertamente.

—Mientes muy mal —dijo, en voz baja—. Tú no estás enamorado de mí, porque apenas me conoces. Pero no te preocupes, John; al fin y al cabo, lo de mi cojera no tiene casi importancia. Aquellos hombres iban a matarme, y puedo dar gracias a Dios porque he salido bien librada.

John Milton no se atrevió a decir nada más. Hundió la barbilla sobre el pecho y volvió a su habitación silenciosamente.

El tren, un renqueante mixto que transportaba ganado y pasajeros en veinte vagones despintados, llegó con sorprendente puntualidad a Colorado Springs, en cuya estación le aguardaban unas doce personas.

Cuando su penacho de humo se percibió en la llanura, a unas doscientas yardas de la estación, el jefe de ésta gritó, con voz estentórea:

—¡Mixto de Denver!… ¡Parada seis minutos!…

Uno de los hombres que esperaban la llegada del tren se acarició la mandíbula con expresión pensativa, mientras se echaba el blanco sombrero sobre los ojos.

Aquel hombre era Richard Milton, el amigo del diablo.

Una botella de *whisky* le había dado fuerzas para ir a recibir a la directora del asilo para borrachos, la señora Robinson, que llegaba en aquel tren.

Cuando la locomotora se detuvo en la estación, el joven se encogió de hombros y pensó que no tenía más remedio que

apechugar con su destino.

Había accedido a casarse con Sheila y ahora no sabía cómo librarse de aquella promesa. Había accedido también a hacerse cargo del reformatorio para borrachos y ahora tampoco sabía cómo librarse de la tal señora Robinson. ¡Maldito fuese el día en que se le ocurrió poner los pies en Colorado Springs!

Cuando el tren se detuvo, los ganaderos que tenían que descargar algunas reses allí se apresuraron para terminar antes de los seis minutos de parada. De los dos vagones de pasajeros descendieron unos novios, unos rancheros y un par de tipos con aspecto de vendedores ambulantes. Cuando Milton ya empezaba a confiar en que la señora Robinson se habría decidido al fin a no hacer el viaje, vio descender del último vagón una voluminosa señora con un paraguas y una jaula donde estaba encerrado un loro.

Milton suspiró, resignado, y acudió al encuentro de aquel adefesio que además llevaba un sombrero de plumas flotando al viento.

—¿La señora Robinson? —preguntó.

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Richard Milton. Supongo que John Milton, el presidente de la Liga, le habrá advertido de todo, en un largo telegrama que me dijo le pondría a usted.

—Sí. He recibido ese telegrama.

—Pues, en tal caso, ya sabe que puede confiar en mí como si yo fuera el mismo John Milton.

—Sí, sí, ya sé, pero antes quiero hacerle unas cuantas preguntas para convencerme del terreno que piso. ¿Bebe usted?

—¡Ni una gota, señora!

—¿Fuma?

—Cuando era niño me regalaron cierta vez un cigarro explosivo y desde entonces le tengo al tabaco un miedo cerval.

—¿Juega?

—¡Ni hablar! Soy capaz de confundir una carta de póquer con el documento de la Constitución de los Estados Unidos.

—¿Y de chicas? ¿Qué tal?

¿Chicas? ¡Oh, señora, si usted se refiere a esos seres insoportables que van por ahí pintándose y charlando todo el día, jamás he hablado con ninguna! Les profeso un santo horror.

La señora Robinson le contempló con admiración, mientras se dirigían al carruaje que Milton había alquilado previamente y que les, aguardaba a la salida de la estación.

—¿Sabe usted que es un joven de todas prendas? Ni el auténtico John Milton podría superarle.

—Se hace lo que se puede, señora —dijo modestamente Richard.

—Por sus muchas virtudes, usted debe tener aquí algún apodo. Seguro. ¿Cómo le llaman?

—Pues me llaman el amigo del di…, del di… ¡El amigo del digno y honrado trabajo! —concluyó Richard Milton, sacando las palabras como si le arrancasen una muela.

—Eso está bien. Usted y yo seremos grandes amigos, joven. Y «Jeremías», «Jeremías» es mi loro, también será amigo de usted.

—Los loros me encantan, señora…, sobre todo cuando se parecen a sus dueñas.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó la señora Robinson, no habiendo entendido bien las últimas palabras.

—Nada, nada, señora… Hablaba conmigo mismo. Permita que la ayude.

La instaló en el pescante del carruaje y colocó en la parte trasera los dos maletines, el paraguas y la jaula del loro. Luego preguntó, con su mejor sonrisa:

—¿Adónde quiere que vayamos, señora?

—Al cementerio.

—¿Al quéeee…?

—Al cementerio, naturalmente. ¿De qué se extraña? Es lo primero que visito en todas las ciudades adónde voy. Me ayuda a concentrarme y a darme cuenta de lo poco que somos.

A Richard Milton, a pesar de ser una especie de granuja, este deseo de la señora Robinson le pareció muy razonable.

De modo que encaminó el carruaje hacia el cementerio, al cual llegaron veinte minutos después.

Ni que decir tiene que el cementerio de Colorado Springs estaba casi enteramente ocupado por los cadáveres de hombres y mujeres que habían finalizado sus días de una manera violenta. Apenas había allí víctimas de la enfermedad o de la vejez. Y la mayoría de las lápidas ostentaban inscripciones tan poco piadosas como: «¡Te vengaremos!». «No te preocupes, él también caerá», o «¡Colgaremos

a tus asesinos!».

La señora Robinson se entretuvo dando vueltas por entre las tumbas, y Milton, comprendiendo que de allí en adelante ya le iba a ser muy difícil fumar, se emboscó entre los árboles para dar cuenta de medio cigarro habano. Lamentó no haber traído su botella chata de *whisky*, que casi nunca se separaba de él. Y mientras estaba allí oculto dedicándose a los placeres del tabaco, sorprendió las voces de dos hombres que hablaban cerca de allí, entre las tumbas situadas a su izquierda.

Milton no hubiera prestado la menor atención a sus palabras —pues, a pesar de todo, era un hombre discreto—, de no haber oído aquel nombre que enseguida excitó su atención.

—¿Qué te parece, Orwell?

¡Orwell, el pistolero! ¡El hombre que ya había raptado a Sheila una vez y seguramente esperaba raptarla otra!

Otra voz, una voz fría y metálica que debía de ser la de Orwell, susurró:

—¿Son estas tumbas?

—Sí.

—Es extraño que los mataran a los tres. No eran malos tiradores.

—Lo increíble es que los matara un solo hombre.

—A mí también me cuesta dar crédito a eso. ¿Quién fue?

—Un diablo llamado Milton.

—¿Qué Milton? Es un apellido bastante corriente.

—No puedo decirlo, porque en esto hay bastante confusión. Fue de noche y en una habitación de hotel, de modo que no hay apenas testigos de lo que sucedió. Pero lo que sí es seguro es que se trataba de un tipo que iba con una chica llamada Fiorella, y el cual ha desaparecido de la circulación últimamente. Se rumorea que está herido y lo atiende el doctor Orson.

—¿Dónde vive el doctor Orson?

—Frente al King Hotel.

—Esa Fiorella era la sobrina de un tipo que había denunciado el contrabando de armas, ¿verdad?

—Justo. Y por eso lo persiguieron y lo eliminaron.

—Pero nuestros amigos tropezaron luego con ese Milton y fueron eliminados a su vez, ¿eh?

—Cierto. Tres hombres eliminados por uno solo.

La voz de Orwell sonó roncamente:

—Esto no puede quedar así.

—¿Qué hacemos?

—Encarga a Gable y a Stirling que hagan esta noche una visita a la casa del doctor Orson. No deben correr riesgos innecesarios. Lo que se pretende de ellos es que disparen pronto y sin hacer preguntas. Liquidarán a la chica y a ese Milton. Si los encuentran dormidos, mejor.

—Descuide; así se hará.

Luego las dos voces se alejaron, como si ambos hombres hubiesen dado por terminado su lúgubre visita al cementerio de Colorado Springs.

Richard Milton estaba tan abstraído con lo que acababa de oír, que casi no se dio cuenta de que volvía la señora Robinson hasta que la tuvo materialmente encima.

Apenas pudo esconder el cigarrillo y arrojarlo entre las malezas que cubrían una de las tumbas.

La señora Robinson aspiró el humo.

—¡Aquí hasta los muertos tienen la mala costumbre de fumar! —Gruñó—. ¡Voy a tener que cambiar esta ciudad a golpes de paraguas!

—No se preocupe —dijo Milton, sonriendo enigmáticamente—. Alguien va a hacerla cambiar a golpes de gatillo.

CAPÍTULO IX

El rancho estaba situado en el fondo de un valle, a unas doce o catorce millas de Colorado Springs. Los terrenos que lo circundaban habían sido convertidos en un inmenso jardín por su antiguo dueño. Había allí dos dormitorios comunes capaces para cuarenta hombres, unas enormes cocinas y un comedor, además de una sala de conferencias donde debía explicarse a los borrachos que uno no puede vivir ingiriendo continuamente alcohol.

También había unas bodegas, pero éstas estaban cerradas.

Richard Milton por poco se desmaya al pensar que él iba a tener que vivir allí por hacer un favor a un hombre herido. ¿Cómo podría soportar aquello? ¿Sería capaz de fingir hasta que el otro Milton se pusiera en condiciones de dirigir aquello?

La señora Robinson, en cambio, estaba radiante.

—Esta noche traeré los primeros borrachos —anunció—. Y verá usted qué pronto dejan de beber.

—¿Cómo piensa traerlos aquí?

—Eso no se pregunta. ¡A golpes de paraguas!

Milton se encogió de hombros, pensando que, al fin y al cabo, aquello no era asunto suyo.

Ardía en deseos de llegar a Colorado Springs nuevamente para vigilar al otro Milton, el herido, antes de que los dos pistoleros profesionales enviados por Orwell lo despachasen para el otro mundo.

Conocía a Gable y a Sterling, a uno de ellos personalmente y al otro por referencias. Eran dos gatillos de los que no acostumbraban a fallar.

Cuando estaba pensando en cuál sería la forma más rápida para despegarse de la señora Robinson, ésta le presentó a Raimundo.

Raimundo era un tipo de unos veinte años, que procedía de Nuevo México. Tenía menos carne que un pollo después de haber servido para alimentar a media docena de hambrientos. Iba vestido de negro, era alto y su nariz tenía una forma estrafalaria. A pesar de todo esto, el tipo resultaba simpático.

—Éste es Raimundo, mi criado —anunció la señora Robinson—. Vino a ofrecerme sus servicios en Denver cuando supo que yo iba a dirigir un reformatorio para borrachos. Odia el alcohol con todas sus fuerzas y está dispuesto a ayudamos en nuestra obra.

Lo primero que se le ocurrió pensar a Milton fue que Raimundo era un cómplice de Orwell o que había buscado entrar allí con alguna intención bien determinada.

Pero no. Raimundo tenía cara de buen chico, a pesar de las muecas que hacía al reír. Lo más probable era que, en efecto, deseara luchar contra el alcoholismo, que era el vicio capital de todas las nuevas ciudades del Oeste.

—Todos los borrachos saldrán de aquí convertidos —prometió Raimundo—. ¡Ya lo verá!

—¿Se quedará usted al cuidado de todo esto mientras esté ausente la señora Robinson? —preguntó Milton.

—Yo me encargaré de todo. Además, soy dibujante. Adornaré las paredes del rancho y enseñaré a los borrachos un oficio útil que puede hacerles ganar miles de dólares al año.

—¿Usted los gana?

—Empezaré a ganarlos ahora. Les cobraré un dólar por cada clase.

Y se puso a reír haciendo muecas.

Milton lo dejó solo, al cuidado del rancho, y con el mismo carruaje que había alquilado por todo el día —el que empleara para ir a buscar a la señora Robinson a la estación—, se dirigió a Colorado Springs. La señora Robinson, naturalmente, le acompañó. Dijo que aquella noche iba a recorrer todos los saloons de la viciosa ciudad para hacer el primer cargamento de borrachos.

Las sombras nocturnas ya habían caído completamente sobre la llanura cuando iniciaron el camino hacia Colorado Springs.

Al entrar en la ciudad encontraron a Sheila.

Sheila iba paseando calmosamente, en un pequeño tílburi, por la calle principal de la ciudad. Llevaba un vestido blanco muy

descotado y atraía irremediablemente la atención de todos los transeúntes. Desde las puertas de los saloons partían voces llamándola todo lo que un hombre pueda llamar a una mujer bonita, y los jinetes que se cruzaban con ella se quedaban roncos al piropearla. Pero a Sheila todo esto no parecía importarle lo más mínimo. Al contrario, tenía una expresión satisfecha y feliz.

—Es usted muy valiente —le dijo Milton, deteniendo su carruaje —. ¿No sabe que a estas horas ninguna mujer decente debe ir sola por las calles de Colorado Springs?

—Nunca he sentido miedo de nada —rió ella, mostrando dos hileras de hermosos dientes.

Y enseguida preguntó:

—¿Y usted?

—A mí me dan miedo el alcohol, el tabaco y las mujeres — contestó Milton, sintiendo que se atragantaba ante tantas mentiras.

—Muy bien dicho —aplaudió la señora Robinson—. Y ahora dígame: ¿Quién es esta señorita? ¿La dueña de algún saloon, tal vez?

—Es la sobrina del gobernador electo del territorio. Ella va a ayudarnos y será una especie de secretaria nuestra.

—Pero eso es imposible. Demasiado joven y… ¡demasiado bonita!

—Como ve, ella sola sabe guardarse bien.

—Por supuesto —dijo Sheila, alzando descuidadamente una pierna.

—Debo advertirle una cosa —empezó Milton—. No sé si lo sabrá ya, pero Orwell está en Colorado Springs.

—¿Y a mí, qué?

—Creí que Orwell había sido algo así como su prometido.

—La gente habla demasiado.

—¿No la sacó del territorio indio?

—Sí.

—Pues es probable que ahora quiera sacarla de aquí. Es decir, que quiera llevársela.

—¿Cree que eso me preocupa?

—No lo sé. Al fin y al cabo, es asunto suyo. Yo me limito a decirle que ha de estar preparada.

Sheila sonrió encantadoramente, pero con cierta ironía mal

disimulada en el dibujo de su boca.

—¿Le importaría a usted que eso ocurriese, señor Milton?

Milton gruñó:

—¡Váyase al diablo!

Y siguió conduciendo su carruaje hacia el centro de la calle principal, mientras Sheila se encogía de hombros.

—¡Esa mujer es una sinvergüenza! —protestó la señora Robinson—. ¿Cómo va a ayudarnos?

—Es una especie de compromiso del que no puedo librarme —explicó Milton—. Algún día se lo contaré todo, cuando esto haya terminado. Si ella está con nosotros, tendremos la protección del gobernador. Y puede estar segura de que a este paso nos va a hacer falta.

Se encontraban en aquel momento en la zona más animada y bulliciosa de la ciudad, hacia el centro de Main Street, donde estaban situados la mayor parte de saloons y garitos.

—Déjeme aquí —pidió la señora Robinson—. Voy a trabajar.

Milton la ayudó a apearse.

—Que Dios se apiade de los borrachos —dijo luego, al arrancar nuevamente.

Sentía impaciencia por llegar cuanto antes a casa del doctor Orson. Era posible que en aquellos momentos Gable y Stirling ya estuvieran cometiendo su crimen. Y un hombre y una mujer heridos e indefensos nada podrían hacer para evitar la muerte.

Devolvió el carruaje y el caballo en la cuadra donde los había alquilado. Luego fue a pie, evitando los lugares frecuentados, a la casa del doctor Orson.

Suponía que, en el caso de que los dos pistoleros intentasen algo, buscarían penetrar en la casa por el mismo callejón que ya habían empleado los otros cuando dispararon contra el tío de Fiorella y contra la propia joven. Por eso se dirigió hacia allí.

No se había equivocado.

Dos sombras avanzaban sigilosamente en aquellos momentos, pegados a las paredes del callejón. Se habían desprovisto de sus espuelas y no causaban el menor ruido al avanzar entre el silencio de la noche.

Milton reconoció una de las sombras, que avanzaba ligeramente encorvada. Era Gable.

Probablemente a aquella hora la casa de Orson estaba sola. Cometer el doble crimen les hubiera resultado lo más fácil del mundo, de no ser por su llegada.

Sin empuñar los revólveres, dijo quedamente desde la entrada del callejón:

—Bueno, muchachos, esto se terminó.

Los dos pistoleros se volvieron con la velocidad del rayo, llevando instintivamente las manos a los revólveres. Pero frenaron al pasar que quien así les hablaba ya debía estar apuntándoles.

Vieron confusamente la figura de Milton a la entrada del callejón, con los brazos arqueados sobre las caderas.

—Voy a daros una oportunidad para vivir —dijo Milton en voz baja—. Sé a lo que habéis venido y sé también que merecéis la horca, pero antes de matar a alguien hay que darle una posibilidad. Largaos de aquí y decidle a Orwell que no vuelva a intentar nada contra esa pobre muchacha. Si lo hace, os vaciaré la cabeza a los dos y luego lo ahorcaré a él.

Los dos asesinos, al ver que Milton no había disparado, sintieron renacer en sí la confianza.

Además, hablaba de que no tenía ganas de matar… Era de esos tipos que han nacido para que otro más listo los extermine.

En la semioscuridad del callejón aún no habían reconocido a Richard Milton.

—¿Tú te atreves a desafiar a Orwell? —preguntó Stirling.

—Si queréis vivir, más valdrá que salgáis trotando de este callejón y le comuniquéis lo que os he dicho.

—Eres muy valiente, ¿eh?

—¿Y si no obedecemos?

—Vosotros sabréis lo que os conviene. Voy a contar hasta cuatro, y durante ese tiempo podréis elegir. O salís de este callejón u os quedáis en él para siempre.

—Puede que te quedes tú.

Milton se limitó a contar:

—Uno…

Los dos pistoleros se distanciaron un poco, a fin de ofrecer menos blanco a las balas.

—Dos…

—Tú te lo has buscado, amigo —rió Gable.

—Tres…

Ninguno de los dos pistoleros esperó a que Milton pronunciase «cuatro». Sacaron a la vez sus revólveres y se encogieron mientras cerraban rabiosamente los dedos sobre los gatillos.

Milton dio un rapidísimo salto de costado, pegándose a la pared derecha del callejón.

Como éste formaba una especie de túnel, no había allí posibilidad de esquivar las balas. Las oportunidades de sobrevivir estarían únicamente de parte del más rápido.

Milton, mientras saltaba de costado, «sacó».

Gable, pudo disparar primero y la bala chocó contra la pared de ladrillo, salió rechazada y rozó una mejilla de Milton, trazando en ésta una línea de sangre. Milton apretó entonces los gatillos de sus dos «Colt», dibujando con velocidad fantástica una cortina de plomo que envolvió todo el callejón.

Ni Gable ni su compañero pudieron apretar el gatillo otra vez.

Cazados por las balas, se retorcieron de una forma espasmódica mientras soltaba sus armas. No tuvieron tiempo ni de gritar. Las balas atravesaron sus cabezas, matándolos en el acto.

El callejón se llenó instantáneamente de un olor espeso a pólvora y a muerte.

Milton guardó sus revólveres.

En aquel momento, una de las ventanas que daban al callejón se abrió y por el hueco apareció la cabeza de un hombre.

Una de las paredes del callejón daba al King Hotel. La otra a la casa del doctor Orson. Fue por una ventana correspondiente a esta última por donde apareció la cabeza de aquel hombre.

Milton sonrió al reconocer al otro Milton, al enemigo del diablo.

—¿Qué ocurre? —preguntó éste.

—Ya lo ves. Una discusión.

—¿Pero es que tú siempre discutes así? ¿Quiénes eran esos dos hombres?

—Venían a asesinaros a Fiorella y a ti. Creen que fuiste tú quien mató a aquellos tres, y deseaban vengarse para dejar en buen lugar el prestigio de la cuadrilla.

—¿Iban… a asesinarnos?

—Eso es lo que he querido decir. Y, afortunadamente, he conseguido llegar a tiempo para evitarlo.

Avanzó y tendió al enemigo del diablo uno de los «Colt».

Éste, que iba vestido totalmente, quedó boquiabierto al ver el arma entre sus dedos.

—¿Para qué me das esto?

—Para que todo el mundo crea que los has liquidado tú.

—Pero…

—Empuña el «Colt» y no pierdas más tiempo. Es lo mejor que puedes hacer para protegerte de otros ataques. En estas ciudades del Oeste, para vivir, hace falta que a uno le tengan miedo.

—¿Para quién va a tenerme miedo a mí?

—Creerán que has matado a cinco hombres. Esos pistoleros ya no volverán a intentar nada contra ti; por el contrario, tratarán de sobornarte y llevarte a sus filas. Yo no puedo estar toda la vida vigilando para que no te maten.

—Comprendo que tienes razón, pero… ¡Menuda fama!

—Por el *sheriff* no te preocupes. Sabe que esos dos tipos eran asesinos profesionales. ¡Empuña el revólver de una vez!

Milton, el pacífico, lo empuñó.

Y el otro Milton, el pistolero, aprovechó para salir a toda prisa del callejón.

Junto a la boca de éste había un porche que casi siempre se encontraba a oscuras.

Un hombre y una mujer se estaban besando allí.

A Milton, en la rapidísima ojeada que dirigió al pasar, le pareció que eran Sheila y Orwell. Su corazón sufrió como una sacudida, pero al volver a mirar, las dos figuras ya estaban más ocultas entre las sombras…

—¿Será posible? —se preguntó Milton.

Sheila, una de las mujeres más bonitas e importantes del territorio… ¡y Orwell, el asesino!

CAPÍTULO X

No se había equivocado. Eran Sheila y Orwell.

Sheila separó sus labios de los del hombre y retrocedió un poco, aunque sin desligarse de sus brazos.

—Tienes unos nervios de acero, cariño —musitó—. Acaban de oírse disparos a muy poca distancia de aquí y tú ni tan siquiera te has inmutado.

—Es que esos disparos nada tienen que ver con nosotros.

Orwell sabía sobradamente a qué obedecían aquellas detonaciones. Milton y la otra muchacha ya debían de estar liquidados. Trabajo concluido…

—Lo único que me interesa, Sheila —musitó a continuación, con voz donde la pasión ponía una nota jadeante—, eres tú.

—Después del tiempo que llevábamos sin vernos…

—No sabía dónde estabas. Hasta hace poco no he podido conocer tu auténtico paradero.

—¿Pero has vuelto solo por mí?

—Tú eres lo único que me interesa.

Fue a besarla otra vez. Pero su situación en el porche ya había dejado de ser discreta porque algunas personas se dirigían corriendo al callejón. Aquellos disparos en un lugar habitualmente pacífico habían sembrado una pequeña alarma.

—¿No quieres que vayamos a ver lo que ha ocurrido, cariño? —preguntó Sheila.

—Está bien; vamos —dijo él, de mala gana.

Salieron del porche y se encaminaron al callejón, que ahora estaba parcialmente iluminado al encenderse las luces de algunas ventanas que daban a él.

Orwell entró allí sonriente, pero la sonrisa se le quedó helada en

los labios.

Casi no podía creerlo.

Aquellos dos muertos, alcanzados por más de tres balas cada uno, eran Stirling y Gable. Y aquel otro tipo que estaba de pie en el centro del callejón, con el revólver aún en la mano derecha… ¡era el herido, que los acababa de liquidar!

Además, no había duda sobre la lealtad de sus disparos. Una breve ojeada le bastó a Orwell para darse cuenta de que sus dos pistoleros habían muerto teniendo al enemigo de cara.

Intensamente pálido, se acercó a Milton, tratando de disimular.

—Le felicito, amigo. Han sido unos soberbios disparos.

—Pero es que…, ¿es que felicitan a la gente por hacer esto?

—Los ha matado usted, ¿no?

—Sí… Sí.

—No era fácil acabar con tipos como Gable y Stirling. Un verdadero prodigio, amigo, un verdadero prodigio. Pronto adquirirá usted fama en todo el territorio. ¿No querrá que charlemos de negocios algún día?

Inmediatamente, Milton recordó las palabras del amigo del diablo. Sus enemigos intentarían atraérselo, haciendo que trabajara para ellos.

—Cuando usted quiera —dijo—, pero primero tengo que ponerme bien.

—¡Oh, claro, claro! ¡Qué será usted cuando no esté herido!…

John Milton se dio cuenta de que los ojos de una mujer, los ojos de Sheila, le contemplaban con admiración.

Tuvo que parpadear. Era una de las mujeres más bonitas que había visto en su vida. Y con aquella desenvoltura, con aquella especie de atractivo salvaje a pesar de sus elegantes ropas… De toda ella emanaba una especie de llamada violenta y animal que despertaba en John Milton cosas que hasta entonces no había sentido nunca.

La miró y sus labios dibujaron una suave sonrisa.

—Unos disparos increíbles —musitó Sheila.

—Puedo jurarle que no me gusta hacer eso.

—Ya lo comprendo. Dos pistoleros deben ser poca cosa para usted.

—No, no me entiende. He querido decir que…

—Es usted un hombre demasiado modesto —le interrumpió Sheila, envolviéndole en otra de aquellas miradas que parecían despedir fuego—. Espero que volvamos a vernos alguna otra vez, señor…

—Milton.

—Yo soy Sheila, señor Milton. ¿Recordará mi nombre?

—Claro que lo recordaré…

Sus ojos estaban fijos en los de la mujer. Por mucho que lo intentaba, no podía apartarlos. Se daba cuenta de que todos les estaban mirando y de que parecían adivinar sus pensamientos. Pero cuando Sheila marchó del callejón, acompañada por Orwell, pareció como si le hubieran arrancado una parte de sí mismo.

Vino el *sheriff*.

Lanzó una rápida ojeada a los cadáveres y exclamó:

—¡Oh, diablos! Son Gable y Stirling. ¿Quién los ha matado?

—Yo —dijo John Milton.

—¿Está dispuesto a pagar su entierro?

—¿Es eso todo lo que se le ocurre preguntar? ¿No va a averiguar tan siquiera si los he asesinado sin darles una oportunidad?

—No diga tonterías. Eran un par de granujas, y si en el otro mundo también hay algún *sheriff*, lo primero que hará será meterlos en la cárcel. Ya avisaré al de la funeraria y él se encargará de pasarle la factura.

Dichas estas palabras, y como si el asunto estuviera resuelto definitivamente, el *sheriff* ordenó a los espectadores que despejaran el callejón. Unos instantes después, sólo quedaban los dos muertos.

Milton pasó dificultosamente una pierna por el alféizar de la ventana y entró de nuevo en la habitación.

Fiorella estaba allí, respirando agitadamente.

—He visto a aquel hombre.

—¿Qué hombre?

—El que nos salvó aquella noche. El que te ha salvado ahora también. Nunca he visto a nadie capaz de hacer las cosas que él hace.

John Milton dejó caer tristemente el revólver sobre la mesa.

—Quieres decir que yo no sería capaz de hacerlas, ¿verdad?

—Tú eres un hombre que no ha nacido para vivir en el Oeste.

—¿Debo considerar esto como un insulto? —preguntó John

Milton, con una sonrisa triste.

—No. Todo lo contrario. El tiempo te dará la razón, y son los hombres como tú los que construyen el futuro. Pero estarías muerto de no ser por él, por Richard Milton.

—Eso es cierto. Creo que nunca se lo podré pagar.

—Ya se lo pagas con tu amistad. Richard Milton agradece el tener un verdadero amigo.

—No es bastante… —dijo él, tristemente—. No es bastante.

Y volvió, cojeando, a su habitación.

Los motivos de la tristeza de John Milton eran dos: había visto a Sheila y se daba cuenta de que ella era sin remedio la mujer de su vida. Y se había dado cuenta de que Fiorella estaba enamorada de Richard Milton, del amigo del diablo. Lo probable era que Fiorella tuviese un cruel desengaño, y eso le dolía en el fondo del corazón.

Pero no podía hacer nada por remediar las cosas. Fiorella lo había dicho: «No has nacido para vivir en el Oeste».

Durante los días que, siguieron, Richard Milton procuró no moverse para nada del rancho donde estaba instalado el reformatorio para borrachos.

No quería abandonarlo para no ver a Fiorella, aquella muchacha a la que había salvado y cuya imagen llevaba extrañamente grabada en el corazón. Y además, en el rancho, había más trabajo del que imaginó en un principio.

Era increíble lo que sucedía con la señora Robinson.

Cada noche salía a recorrer los saloons de Colorado Springs, e invariablemente volvía con tres o cuatro borrachos. Si éstos venían por su propia voluntad o a la fuerza, era algo imposible de averiguar. La señora Robinson les daba ropas nuevas, los metía en un dormitorio común y no los dejaba ni chistar tan siquiera.

Sheila trabajaba como secretaria silenciosa. Hacía una nueva ficha a cada bebedor ingresado, se preocupaba de la ropa y de las provisiones, así como del dinero. Si la hubiera podido dejar sola porque desempeñaba el trabajo a las mil maravillas, pero Milton no se atrevía marchar dejando a dos mujeres sin más protección que la de Raimundo, en un rancho aislado que estaba lleno de hombres hasta entonces borrachos e incorregibles.

Viendo trabajar a Sheila con tanto interés, con tanta concentración, igual que si fuera una señorita bien educada de

cualquier Universidad del Este, Milton se preguntaba muchas veces si sería la misma mujer a la que viera besándose en aquel porche oscuro con el pistolero Orwell.

Naturalmente, nunca habló de esto con ella, aunque varias veces estuvo a punto de llevar la conversación hacia aquel terreno.

En cuanto a Raimundo, se encargaba de ayudar a la señora Robinson en todos los detalles que eran necesarios. También pintaba con carboncillo las blancas paredes del rancho, decorándolas a su modo. Era un buen dibujante, pero tenía manía con un mismo tema: siempre pintaba a un indio en diversas actitudes, como disparando una flecha o lanzando un cuchillo. En su dormitorio dibujó el mismo indio persiguiendo a una muchacha que, en cierto modo, podía parecerle a Sheila.

A Milton le intrigaba aquello, y por fin decidió preguntarle a qué se debía aquella manía de dibujar siempre lo mismo.

Lo decidió una noche, cuando ya todos se habían ido a acostar. No encontraba a Raimundo en ninguna parte y por fin se dispuso a bajar a las bodegas. Al empezar a descender las escaleras, oyó cantar.

Eran unos cánticos alegres, como de borracho.

Milton terminó de descender, y el farol de petróleo que colgaba del techo de la bodega le mostró lo que sucedía.

Raimundo estaba sentado en el suelo, junto a un vaso medio vacío que olía fuertemente a ron. Tenía el aspecto de estar completamente borracho, y sus cánticos alegres resonaban en toda la bodega.

—Pero ¿qué ocurre, Raimundo? —preguntó Milton—. Yo creí que no bebías una gota de licor.

—¿Quién…, hip… quién lo ha dicho?

—¿Para qué diablos viniste aquí si eres tan borracho como los otros?

—Alguien me lo mandó.

—¿Quién?

—¡Hip! No puedo decirlo.

—¿Se trata de un secreto? ¿Tan importante es?

—Un… gran secreto.

—¿De qué clase?

—No espere que me vaya de la lengua… Hip… Yo soy de los

que no hablan cuando dicen que no hablarán… Hip… Pero si usted no fuera tan tonto ya habría adivinado lo que quiero decirle. Y ahora lárguese…

—Gracias por lo de tonto, hombre.

—En este caso lo es.

—Mira, Raimundo, es inútil que sigamos hablando. Te ayudaré a subir a tu dormitorio. Estás borracho como una cuba.

—No puede ser.

—¿Cómo que, no? Entiendo bastante de borrachos, amigo.

—Pues sólo he bebido un vaso.

—No puede ser.

—Se lo juro. Un vaso.

Raimundo no tenía aspecto de mentir. Pero era increíble que con un solo vaso pudiera emborracharse un hombre. Milton preguntó:

—¿De qué barril lo has sacado? Yo creí que todos estaban vacíos…

—Entré la otra noche cinco botellas de ron y las vacié todas en ese barril —explicó Raimundo, señalando el que, tenía más próximo —. De ese modo contaba echar un traguito cada noche sin que nadie lo notara. Pero es un ron… ¡hip!, muy fuerte. ¡Y delicioso!

—¿De modo que en ese barril hay todavía unos cuantos litros de ron? ¿Te das cuenta del peligro que eso representa? Los hombres que están aquí no deben tener a su alcance ni una sola gota de licor.

—Es que nadie va a enterarse. ¡Hip! Y las llaves de la bodega las tengo sólo yo.

—¡De ahora en adelante seré yo quien las tenga!

Los dos hombres, al oír aquella voz inesperada, miraron rápidamente hacia lo alto de las escaleras.

Allí estaba la señora Robinson, vestida con un largo camisón de dormir y armada con su paraguas y una vela encendida.

—¡Esto huele a ron que apesta! —gritó.

—¿Es que ha oído nuestra conversación, señora Robinson? —preguntó Milton.

—Claro que la ha oído. He escuchado voces y canciones desde arriba y me he apresurado a bajar. ¿De modo que Raimundo, el que quería luchar contra el alcoholismo, está borracho como una cuba?

—Guarde usted las llaves y no volverá a suceder —ofreció Milton—. O, mejor aún, podríamos abrir el grifo de ese barril y

vaciar todo el ron que todavía contiene.

—¡De ninguna manera! —gritó la señora Robinson—. Lo necesitaré.

—¿Dice… que va a necesitarlo?

—Sí.

—¿Para bebérselo usted?

—¡Para que se lo beban mis borrachos!

—Yo, ¡hip!, creí que quería hacerlos cambiar —gimoteó Raimundo.

—Han cambiado ya. Los resultados son tan excelentes que yo misma estoy sorprendida. Hombres tan alcoholizados que antes se emborrachaban con sólo dos copas, han cambiado por completo.

—¿Y qué?

—Pienso hacer una demostración. Vendrán las damas más importantes de Colorado Springs, el pastor e incluso algunos niños de las escuelas. Delante de ellos invitaré a algunos de los antiguos borrachos a beber de ese ron. Seguro que no querrán, pero insistiré. Y todo el mundo podrá ver entonces que lo resisten perfectamente. ¡Han recobrado ya el equilibrio y después de beber estarán tan serenos como usted y como yo!

—No sé si debe usted arriesgarse —opinó Milton.

—¿Es normal ese ron?

—Completamente normal, ¡hip! —exclamó Raimundo—. Lo compré yo mismo. Buena marca.

—Entonces no se hable más.

La señora Robinson terminó de bajar las escaleras, se apoderó de las llaves de la bodega, que aún tenía Raimundo en su mano derecha, y lo hizo subir a paraguazos al piso superior.

Milton, al quedar solo, se encogió de hombros, subió las escaleras también y se cerró de un solo golpe la puerta de la bodega.

Cuando iba a entrar en su habitación, creyó oír rumor suave de voces en el porche inferior del rancho. Se asomó por una de las ventanas y vio entonces a Sheila que se despedía de un hombre, el cual se inclinaba en este momento para besarla desde la silla de su caballo. Esta noche había luna y su resplandor le permitió reconocer al hombre. Era Orwell, sin duda alguna. Orwell y Sheila eran novios, o quizá algo más íntimo.

Milton, sin saber bien por qué, sintió un amargo sabor en la garganta. Notó que sus dedos temblaban y tuvo que apartarse de la ventana.

No estaba enamorado de aquella mujer, aunque era una de las más bonitas que había conocido. Pero a pesar de no estar enamorado hubiera dado su vida por, no verla en los brazos de un hombre como Orwell.

Aún no había entrado en su habitación cuando Sheila subió canturreando por las escaleras.

Casi tropezó con él. Hizo un gesto de sorpresa.

—¿Todavía levantado, Richard?

—¿Y tú?

—He salido a pasear un rato. Hace una hermosa noche.

—¿Has salido sola?

Ella sonrió, desafiante.

—¿Qué ocurre? ¿Me estás interrogando?

—Yo estoy aquí en contra de mi voluntad —susurró Milton—, y supongo que tú también. Por lo tanto puedes hacer lo que quieras, pero recuerda que eres una mujer joven y bonita y que tienes mucho que perder. Recuerda solamente eso, Sheila.

—Lo recordaré, predicador.

—¿Predicador yo? Tiene gracia. Buenas noches.

—Buenas noches.

Pero esta vez Milton no pudo conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, fue al cementerio de Colorado Springs. No había podido preocuparse aún de averiguar si a los dos hombres que matara últimamente se les había dado una sepultura digna, y esa mañana fue a averiguarlo. No le costó trabajo encontrar las lápidas bajo las que descansaban los cuerpos de Stirling y Gable. Vio que las tumbas eran decentes y se dispuso a salir del cementerio. Pero cuando pasaba distraídamente por detrás de unos cipreses tuvo una violenta sorpresa.

Acababa de ver a Sheila rezando ante una tumba.

No con ánimo de curiosear, sino tan sólo para saber si la muchacha andaba metida en otro mal paso, aguardó a que ella se alejara. Luego se acercó a la tumba y leyó la inscripción que había en la lápida. Tuvo una violenta sorpresa al ver que allí decía sencillamente:

«A UTTAGORI FIEL AMIGO INDIO»

Nada más.

Milton se quedó sumido en confusiones. ¿Por qué un indio estaba enterrado allí? ¿Y por qué Sheila iba a rezar a aquel sitio? La tumba tenía aspecto de ser vieja. Estaría allí desde hacía dos o tres años por lo menos. No tenía sentido aparente aquella extraña fidelidad de Sheila.

Estaba visto que aquella muchacha iba a llevarle de sorpresa en sorpresa. Si aquello seguía así, acabaría por volverse loco.

Cuando salió del cementerio, ella ya no estaba. Milton se dispuso a subir a su caballo y en aquel momento vio que del cementerio salía alguien más.

Era Fiorella.

Fiorella cojeaba, y para caminar tenía que apoyarse en un bastón. Al ver a Milton allí, enrojeció intensamente. Quiso disimular su cojera y se detuvo. Sus labios temblaron como si él acabara de atraparla en alguna horrible falta. Milton se acercó.

—Me alegra verte —dijo sonriente—. Has mejorado mucho.

—No tanto como yo esperaba. Ya te habrás dado cuenta de que… apenas puedo andar.

—Pues no, no me había dado cuenta. Me parece que Orson toma demasiadas precauciones al obligarte a usar bastón.

En los ojos de la muchacha brillaron dos lágrimas.

—Lo uso porque lo necesito, ésa es la triste verdad.

Y creo que lo necesitaré siempre.

—Al verte a ti nadie se fija en el bastón —dijo Milton—. Y no debes hacer caso de los médicos. ¡Si conoceré yo bien a Orson! Hace un año, cuando me atravesaron de dos balazos, me dijo que no me salvaba ni mi madre. Y ya lo ves: estoy aquí.

—Estás intentando consolarme. No creas que no te lo agradezco.

—Digo la verdad. Y cuando alguna vez en mi vida digo la verdad hay que creerme, muchacha. ¿Vienes?

Sin esperar su asentimiento la tomó por la cintura y la montó a la grupa de su caballo.

—¿A qué has venido al cementerio? —preguntó.

—A rezar ante la tumba de tío George. ¿Y tú?

—Quería ver las tumbas de los dos hombres a quienes tuve que

matar la otra noche.

Hubo un momento de silencio. Luego él preguntó:

—¿Quién les ha pagado la lápida?

—John Milton.

—Muy buen muchacho ese John. Demasiado bueno.

—Hará feliz a la mujer que se case con él.

Richard se mordió el labio inferior, pero ella no lo notó porque estaba a su espalda.

—Habéis hecho muy buena amistad, ¿verdad, Fiorella?

—Sí.

—¿Ha pensado él en casarse alguna vez?

Los labios de Fiorella trataron inútilmente de cortar el paso a un brusco sollozo.

—Me dijo una vez que si yo podía volver a andar bien… se casaría conmigo.

—¿Y qué le contestaste tú, Fiorella?

—No le contesté nada. No podía.

—¿Por qué?

—Porque mi corazón pertenece a otro hombre. Él ya debe haberlo advertido. Tiene que haberlo adivinado por fuerza.

—Ten cuidado con los hombres —dijo Milton sencillamente, pensando en sí mismo.

—Con éste no hay miedo. Nunca lo sabrá —susurró.

Y ya no volvió a despegar los labios hasta que llegaron a casa del doctor Orson. Milton creyó notar que ella lloraba en silencio. Un dolor inconfesable le torturaba a él también el corazón.

La ayudó a descabalgar al llegar a su destino.

—Adiós, Fiorella.

—Adiós…

No supo bien por qué, pero tuvo la sensación de que aquel adiós iba a ser definitivo. Fiorella tenía los ojos cerrados y parecía dispuesta a todos los sacrificios y a todas las locuras. Su expresión no le gustó.

Pero nada le dijo para no aumentar con alguna palabra imprudente la angustia de la muchacha.

CAPÍTULO XI

Aquella tarde el triunfo de la señora Robinson iba a ser rotundo. Iba a demostrar que sólo en quince días varios borrachos incorregibles habían sido cambiados por completo, gracias a su sistema, y que ya no querían probar ni una gota de alcohol.

En las bodegas del rancho, bien adecentadas y limpias, se habían congregado las autoridades de Colorado Springs, las damas más notables, el pastor de almas, el *sheriff* y algunos observadores de Denver, la vecina capital.

Ni que decir tiene que todas las damas llevaban sombreros de plumas, lucían gruesos collares y tenían un aspecto de perros dogos capaces de atemorizar al más indomable de los borrachos.

La señora Robinson trajo a cuatro de ellos y los colocó frente al auditorio y junto al barril con ron del que unas horas antes bebiera Raimundo.

—¿Queréis beber? —preguntó enérgicamente.

—¡Oh, no! No, señora.

—Pensad que se os ofrece una magnífica oportunidad. Nadie os va a reprender por eso.

—Es que nosotros detestamos el alcohol, señora. ¡Uf!

Hubo discretos aplausos y exclamaciones de júbilo entre el distinguidísimo público que llenaba la bodega.

—Ya ven ustedes que no se sienten inclinados a beber —dijo muy ufana la señora Robinson—. Pero hay más: antes, estos pobres seres estaban tan alcoholizados que quedaban borrachos sólo con beber una copa. Ahora van a beber un vaso entero de ron y no les ocurrirá nada. ¡Ya lo verán!

La propia señora Robinson llenó tres vasos con el contenido del barril que días antes cargara Raimundo. Ofreció los vasos a los ex

borrachos, que primero hicieron unas cuantas carantoñas para quedar bien, pero luego se arrojaron sobre el ron como leones.

Apenas habían bebido el contenido de sus vasos cuando los ojos se les empezaron a cruzar igual que si vieran doble.

—¡No les ha producido ningún efecto! —gritó la señora Robinson—. ¡Ningún efecto!

Richard Milton no asistía a aquel experimento porque había allí muchas personas de Colorado Springs, todas las cuales le conocían, y al no saber la historia de todo aquello se hubieran extrañado mucho de que un pistolero como él estuviera dirigiendo aquel local.

En aquel momento uno de los borrachos gritó:

—¡Yuuuupiiii…!

Y otro fue a tirar del collar de una señora gorda que estaba sentada frente a él.

—¡Pero qué collar más ridículo lleva! ¿No quiere bailar conmigo?

El tercero, sin ni tan siquiera preguntarlo, tiró de la esposa del alcalde y se puso a bailar con ella. La señora lanzó un grito. Todos los restantes espectadores estaban como paralizados por el estupor.

—¡Esto es inconcebible! —aulló la señora Robinson—. ¿Qué tiene este ron? ¿Qué tiene?

Tomó uno de los vasos, lo llenó y se sirvió ella misma una buena ración, que bebió con visibles muecas de asco. Pero apenas el ron había llegado a su estómago cuando sus ojos se animaron y gritó:

—¡Yuuuupiiii…!

Todos los espectadores lanzaron una exclamación que casi era de horror.

—¡Señora Robinson!

—¡Esto es el colmo!

Pero la señora Robinson ya se había puesto a bailar en compañía de los tres borrachos. Una de las damas quiso impedírselo y ella le aplastó el paraguas en la cabeza. Entonces empezó la desbandada. Inútil es decir cómo terminó todo aquello.

Las ilustres damas y los distinguidos caballeros se marcharon lanzando pestes en voz baja. La señora Robinson empezó a besar a los borrachos, y entre los cuatro bebieron más y más vasos de ron. La juerga y el baile duraron hasta la medianoche, hasta que cayeron rendidos al suelo, sin fuerzas ya para moverse.

Richard Milton había pasado la tarde en Colorado Springs, y volvió al rancho hacia medianoche aproximadamente.

En la ciudad se había enterado de varias cosas: de que Fiorella seguía en casa del doctor Orson y de que era probable que pudiese volver a andar con toda normalidad. Y de que Sheila seguía viendo a Orwell y al mismo tiempo había hecho un par de visitas a John Milton. Esta conducta extraña e inexplicable de la muchacha le sumía en la mayor perplejidad.

Al llegar al rancho vio luz en la habitación de Sheila. El resto de la casa estaba en silencio.

Al no encontrar a la señora Robinson por ninguna parte, buscó a Raimundo. Éste, a pesar de lo avanzado de la hora, estaba dibujando al carbón un indio en una de las paredes del rancho.

—¿Dónde está la señora Robinson? —preguntó Milton.

—En la bodega.

—¿Aún?

—Y tiene para rato.

—¿Qué ha sucedido?

Raimundo se lo explicó todo, mientras reía haciendo muecas.

—¿De modo que se han emborrachado? —preguntó Milton—. ¿Qué había en ese ron, Raimundo?

—Ron perfectamente normal, se lo juro.

—Pues cada vez lo entiendo menos. Bajaré a ver.

Antes de bajar se volvió de pronto para preguntar a Raimundo:

—Oye, ¿por qué estás siempre dibujando indios?

—Si usted no fuera tan tonto lo comprendería.

—Pues debo ser tonto del todo, porque no entiendo absolutamente nada.

Descendió a la bodega y allí encontró a la señora Robinson y a los tres borrachos durmiendo en el suelo una merluza fenomenal. Le costó gran trabajo despabilarlos y hacerlos subir a sus dormitorios. La señora Robinson quería besarle. Por fin, cuando pudo librarse de ellos, bajó a la bodega otra vez.

Probó el ron y al principio quedó perplejo. Aquel sabor extraño, tan acre y tan fuerte… Luego, su costumbre de buen catador de licores le confirmó en sus sospechas. Aquel ron tenía pólvora… Sacó el barril y le sorprendió su enorme peso. Unos golpes propinados con una barra de hierro lo partieron por la mitad. Vio que el

interior estaba medio lleno de balas y cartuchos humedecidos, los cuales habían sido introducidos indudablemente por la boca del barril. Algunos de los cartuchos estaban rotos y la pólvora se había mezclado con el ron, dándole aquellos explosivos efectos.

Milton sacó otros barriles. Algunos pesaban como si estuvieran rellenos con plomo, y en efecto contenían municiones. Detrás de ellos, en los huecos que quedaron visibles al sacarlos, había numerosas cajas conteniendo rifles.

Milton estaba atónito.

—De modo que era eso… —dijo en voz alta.

Y alguien, en aquel momento, añadió a su espalda:

—Sí, amigo, era eso. Pero no te preocupes porque tú no vivirás para contarlo.

Milton giró sobre sus botas con la velocidad del rayo.

Tres hombres le amenazaban con sus revólveres desde la parte más oscura de las bodegas. Habían entrado violentando una de las rejas del exterior, tarea que seguramente llevaron a cabo mientras él transportaba a los borrachos.

Pero no era eso lo que más preocupaba a Milton.

Sólo se fijó en que uno de aquellos tres pistoleros era Orwell.

CAPÍTULO XII

Los tres le estaban apuntando ya.

—Esas armas están destinadas a los indios —dijo Orwell con una estrecha sonrisa—. Nos pagarán por ellas lo suficiente para vivir como reyes todo un año. Las hemos tenido ocultas aquí por parecemos un lugar seguro, pero ahora ha llegado el momento de sacarlas. ¿Tienes algún inconveniente, muñeco?

—Ninguno…, pero hay un pequeño detalle. Para sacarlas tendréis que pasar por donde yo estoy ahora.

—¿Y qué?

—Nada… Acercaos…

Tenía las manos a unas pulgadas de sus revólveres. Pero siempre llevaría desventaja ante los pistoleros, que le estaban apuntando. Sonrieron.

Fue Orwell el que apretó el gatillo.

Pero una décima de segundo antes, Milton ya se había arrojado al suelo, disparando a través de la funda contra la única lámpara que alumbraba la bodega. La oscuridad se hizo impenetrable, y la bala de Orwell pasó alta. Pero Milton no pudo cambiar de posición, a pesar de que lo intentó con toda la fuerza de sus músculos.

Los gatillos de sus enemigos fueron más veloces.

Aunque disparando al bulto, uno de ellos logró alcanzarle. Milton sintió en el pecho como un golpe y se dio cuenta de que le habían herido. Inmediatamente disparó hacia el lugar de donde acababa de brotar el fogonazo y se escuchó un gemido de dolor. Milton dio dos vueltas sobre sí mismo, entre las tinieblas, mientras las balas restallaban contra el suelo de cemento. Una bocanada de sangre brotó de entre los labios del joven. Éste se dio cuenta de que iba a desfallecer.

Pero sus dos enemigos estaban delatando su situación con los fogonazos de sus propios revólveres. Milton disparó tres veces seguidas contra uno de aquellos puntos de fuego, e inmediatamente volvió a saltar de costado. Otro alarido llenó las tinieblas.

A continuación, en la oscuridad, se oyeron las pisadas de un solo hombre.

De los tres pistoleros sólo quedaba uno, y éste trataba de huir, sabiéndose en desventaja.

Milton disparó contra la ventana, al ver dibujarse allí una silueta, pero su pulso ya carecía de precisión. La silueta escapó sin ser tocada. Hubiese jurado que era Orwell.

A rastras, logró salir él también. Su enemigo, desde la silla de un caballo, disparó varias veces contra la zona de la ventana, sin alcanzarle. Luego se lanzó a un desenfrenado galope.

Milton tenía su corcel a la entrada del rancho. Corrió hacia él, sujetándose con ambas manos la herida del pecho, y lo montó de un salto. Bastó espolearle suavemente para que el animal saliera como un demonio enfebrecido en persecución del otro.

Como entre sueños, Milton vio que alguien más salía también detrás de él. Hubiera jurado que era Sheila. Sheila, que tenía miedo de que él matase a su amado Orwell…

Pudo darse cuenta de que su enemigo se dirigía a Colorado Springs.

La vista se le nublaba a Milton, y sus fuerzas parecían fallar más a cada minuto que pasaba. Tuvo que soltar las riendas y el caballo pareció enloquecer, galopando en zigzag por la llanura.

Milton sabía que al llegar a Colorado Springs Orwell tendría que presentar batalla. No podía seguir huyendo en una ciudad donde quería que se le respetase. Y allí se sentiría sin duda más seguro, entre pistoleros que simpatizaban con él.

Por eso sin duda se dirigía a la ciudad.

Milton vio sus luces danzar fantasmales en el horizonte. La sangre se le escapaba por la herida en un hilo continuo; no podía más. Al llegar a la recta de Main Street, en Colorado Springs, vio que su enemigo se había detenido, descendiendo del caballo calmosamente y quedando solo en el centro de la calle, con las manos a la altura de las caderas.

Milton intentó reunir todas sus fuerzas.

No podía fallar en aquel momento. No podía…

Pudo frenar el caballo y mantenerse erguido sobre la silla. Detuvo el corcel y descendió. Pero las piernas se negaron a sostenerle y cayó sobre el polvo de la calle, que enseguida quedó empapado con su sangre.

Orwell reía, reía silenciosamente…

—¿Es que te arrastras a mis pies, Milton?

Milton, desde el suelo, le miró desafiante, con las facciones bañadas en sangre.

—Saca, Orwell —gritó—. ¡Yo aún puedo disparar!

Pero demasiado sabía él que no iba a poder hacerlo. Sus brazos fallaban. Tenía los dedos agarrotados y apenas podía sujetar la culata de un solo revólver.

Orwell sacó.

La sonrisa no se había borrado de sus labios. Apuntó cuidadosamente.

Milton le miraba cara a cara, sonriendo también con una mueca de desafío.

Y en ese momento resonó una voz:

—Todavía no, Orwell.

El pistolero levantó la cabeza. La sonrisa de sus labios se hizo más amplia. Acababa de ver a Sheila desmontando de un sudoroso caballo.

—¿Quieres ver cómo acabo con él, muchacha? ¿Vienes a eso?

—Vengo a matarte, Orwell.

Un estremecimiento de estupor recorrió los músculos del pistolero, haciendo que el revólver temblara en su mano derecha.

—¿Estás loca, Sheila? Si tú…

—Yo quería vengarme de ti, Orwell. Cuando me sacaste de territorio indio asesinaste al único amigo que tenía, a un muchacho llamado Uttagori cuyo cadáver yo hice traer luego a Colorado Springs. Desde entonces he estado buscando la manera de engañarte y acribillarte por la espalda, rata inmunda. Pero siempre me ha dado asco matar así… ¡Y ahora voy a matarte cara a cara!

Se adivinaba que la muchacha no estaba mintiendo. Había como un fuego especial en sus palabras y en sus ojos. Orwell desvió el revólver unas pulgadas y de un disparo magistral atravesó el único «Colt» que colgaba de la funda de Sheila —una funda que la

muchacha se había vestido sobre sus ropas vaqueras—, antes de que ella llegase a rozarlo.

Luego sonrió otra vez, con una sonrisa cuadrada.

Todo esto había ocurrido en breves segundos, y ahora más que nunca Richard Milton era incapaz de moverse. La muchacha estaba a su merced. Podía acribillarlos a los dos cuando le viniese en gana.

Alguien se acercó pausadamente en ese momento, levantando con sus botas leves nubecillas del polvo de la calle.

No llevaba espuelas y, sin embargo, todos notaron su presencia. Avanzaba como una sombra, con la derecha engarfiada a unas pulgadas de su único revólver. Richard Milton lanzó un grito al reconocerlo:

—¡John Milton! ¡No te metas en esto, muchacho! ¡No te metas en esto! ¡Te matará!

Pero John Milton, el enemigo del diablo, siguió avanzando. En sus labios había florecido una sonrisa desconocida en él, una sonrisa dura y áspera.

—Tengo un deber para contigo, porque tú me salvaste dos veces, y yo debo intentar al menos salvarte una. Y tengo también un deber para con Sheila…, porque es la mujer a la que quiero.

Sheila se llevó una mano al pecho, conteniendo un gemido ante aquella dramática declaración. Orwell rió secamente.

—Muy bien… ¿Tú eres el que mató a mis hombres?

—No. Lo hizo Richard Milton. Yo no he empuñado un revólver jamás.

Richard logró ponerse en pie, pero volvió a caer mientras balbucía:

—Muchacho… No lo hagas… No lo hagas…

—¡Saca! —rugió Orwell.

Y su revólver brotó a la luz. Pero lo que sucedió entonces fue sencillamente increíble.

John Milton, moviendo sólo la mano derecha, disparó a través de la funda y atravesó el pecho a Orwell. Cuando éste caía, hizo fuego otra vez y le atravesó la cabeza.

Luego John Milton, el enemigo del diablo, sacó el revólver de la funda y lo dejó caer al suelo con un gesto de desprecio.

—¡Pero esto es fantástico! —gritó Sheila, ebria de emoción—. ¿Cómo lo has hecho?

—No tiene ningún mérito —susurró John Milton—. Él no se dio cuenta, pero mientras hablaba con Orwell me coloqué un poco a su izquierda y teniéndolo en la posición ideal para disparar a través de la funda. Como él dispara con la derecha, y tenía que estar un poco ladeado para vigilar a varios enemigos a la vez, perdería un tiempo precioso poniendo el revólver en línea de tiro. Si yo fallaba el primer disparo estaba perdido, pero no fallé. La misma sensación de que iba a morir me daba una extraña serenidad. No tiene ningún mérito porque sé que ante un pistolero un poco más sereno esto no lo podría repetir.

No pudo seguir hablando, porque Sheila ya se había abrazado a él y le cerraba la boca con sus labios.

John Milton por poco se desmaya. Lo que no había conseguido el revólver de Orwell, lo consiguieron los labios de Sheila.

En cuanto a Richard Milton, tambaleándose, iba a casa del doctor Orson.

—Tengo que curarme esta herida… —susurró—, y ver a una mujer que está pensando en mí.

Al anochecer siguiente, siempre y cuando su caballo fuese al paso, Richard Milton fue autorizado a volver al rancho.

Iban dos parejas, Fiorella y él, y John Milton y Sheila. Jamás grupo tan alegre recorrió las llanuras de Colorado.

Cuando llegaron al rancho todo estaba silencioso, como de costumbre. Los hombres descabalgaron y ayudaron a descabalgar a las mujeres. Cuando Richard Milton estaba ocupado en esta tarea, algo silbó junto a su cabeza.

La hoja de acero casi le arrancó las pestañas, tan cerca pasó de él, antes de ir a clavarse en una de las paredes del rancho. Sheila lanzó un grito. Un indio vestido con ropas vaqueras, semi oculto tras una valla a unas veinte yardas de allí, se disponía a lanzar otro cuchillo.

Con la mano derecha, que era la única que podía mover, Richard desclavó el cuchillo y lo lanzó de un seco golpe contra el piel roja.

Las dos armas se cruzaron en el aire, Milton se dejó caer al suelo y el segundo cuchillo pasó a escasas pulgadas de él. En cuanto al indio, no tan ágil, le recibió en mitad del pecho.

Cuando todos se acercaron al caído, ya nada se podía hacer por él. Era cadáver.

—Es Cuchillo Certero —musitó Sheila—. El hombre con quien querían casarme en la tribu. Había jurado matarme, pero al ver que había aquí dos hombres ha pensado primero mataros a vosotros…

En ese momento se acercó Raimundo, silencioso y vestido de negro como siempre.

—Sí. Es Cuchillo Certero —musitó—. Yo lo conocía porque durante un tiempo vendí alimentos a los indios. Cuando supo que yo iba a ir a trabajar a un sitio donde estaría Sheila, me confesó que algún día vendría a matarla. Pero me hizo darle mi palabra de honor de que yo no diría nada. Aunque borracho que deseaba regenerarse, yo todavía tenía mi honor. Por eso no dije una palabra, pero me harté de dibujar indios por las paredes para que alguien me entendiera…

Cargó con el cadáver y sus labios dibujaron una de aquellas extrañas sonrisas que parecían una mueca.

—Voy a enterrarlo. Es lo último que puedo hacer por él. Y luego empezaré a dibujar por las paredes dos parejas que se casan. A ver si me entienden ahora… En ese momento asomó por una de las ventanas la cabeza de la señora Robinson.

—¡Eh, amigos…! ¡Vamos a celebrarlo! —gritó—. ¡Nos beberemos todo el ron que queda en aquel barril! ¡He descubierto que sabe muy bien…!

FIN